



ALAN CARSON

DE HARVARD A QUANTICO





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición) (4).
19. Alta tracción (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (5).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varká (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).

61. Billetes malditos. (8).
62. Camino de perdición. (12).
63. Camaradas enemigos. (3).
64. A la deriva. (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada. (3).
67. «Killer» a sueldo. (5).
68. Muerte en el atardecer. (4).
69. Loup-Garou. (3).
70. Punto final. (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura. (13).
74. El confidente. (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco. (5).
77. El vengador negro. (1).
78. ¡Código! (8).
79. Sentenciado. (6).
80. Secreto de Estado. (4).
81. Alias «Lugger». (5).
82. Hora «D». (8).
83. Carne de horca. (4).
84. Tráfico mortal. (5).
85. Jack el invencible. (8).
86. Rasgos perdidos. (6).
87. Contrato siniestro. (5).
88. Traición sangrienta. (14).
89. Al borde del abismo. (5).
90. Crimen y justicia. (1).
91. Hombres sin alma. (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica. (5).
94. Misión sucida. (4).
95. Lucha a muerte. (6).
96. Rebelión. (3).
97. Corazones heroicos. (1).
98. Caza mayor. (4).
99. La muerte falsifica dólares. (15).
100. Yo, Director del F. B. I. (1).

En preparación:

El asfalto es rojo.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settee |
| (2) Fred Baxter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFarr. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wanton. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | (14) F. N. Grass. |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | |

PRINTED IN SPAIN

I



Un hombre, enfundado en una gabardina verdosa, con el cuello subido y el ala del sombrero echada sobre los ojos, penetró en el portal de una lujosa casa en la Calle Cuarenta y Tres. Había a mano derecha un pequeño mostrador de madera, tras el cual el conserje del edificio leía tranquilamente un periódico. El individuo que entrara, sin acercarse mucho ni levantar la cabeza, inquirió:

—¿El departamento del señor McCrohom, por favor?

—Séptimo piso, puerta cuatro.

El conserje reanudó su lectura y el sujeto de la gabardina entró en el ascensor. Al llegar al séptimo piso llamó al timbre de la puerta cuatro. Ésta fue abierta y Gordon McCrohom, vestido con batín de

seda, apareció en el umbral.

Era un hombre joven, alto, de constitución atlética. En su rostro, de agradables facciones, había siempre una sonrisa jovial, y el cabello, de un rubio muy oscuro, le caía desordenadamente sobre la frente.

—Hola, Sidney. Has sido puntual. ¡Pasa!

Sidney Maloney entró en un «*hall*» de reducidas dimensiones, lujosamente amueblado, despojándose de la gabardina y del sombrero. Pasaron a un saloncito y se acomodaron en sendos butacones ante una mesita, sobre la cual había una botella de «*whisky*», un sifón y dos vasos. McCrohóm llenó los vasos y durante unos momentos bebieron en silencio, paladeando el licor.

Sidney Maloney encendió un cigarrillo, colocándolo cuidadosamente en una larga boquilla negra, y fumó, pensativo, mientras la mirada de sus ojos azules se paseaba por la habitación.

—Estás bien instalado, Gordon. Te tenías muy calladito este refugio —la voz era fría, ligeramente gangosa.

—Pues sí. Aquí paso por una persona respetable, ¿sabes? Tú eres el primero que conoce este piso. Bueno, ¿qué noticias traes?

—El jefe ha ordenado tu muerte, muchacho.

La sonrisa se hizo más amplia en el rostro de Gordon McCrohóm.

—En cierto modo, lo suponía. ¿Qué más?

—¿Te parece poco?

—No, no, me parece suficiente, pero dame detalles.

Sidney Maloney esbozó una sonrisa. Sus labios eran finos, crueles.

—Pues nada, que la faenita no le ha gustado ni poco ni mucho. Te encarga de liquidar al alcaide de Sing-Sing

y apoderarte de la confesión que Bob Smith había entregado a éste, poco antes de morir en la «silla caliente», y tú organizas perfectamente el asunto, como siempre, y acto seguido desapareces de escena y aún está esperando que le entregues la declaración de Bob. Naturalmente, supone que le traicionas.

—Hasta cierto punto nada más, Sidney. Si me ausenté de Nueva York fue porque tenía que ir a la Universidad de Harvard, a ver algo que no me hubiera perdido por nada del mundo. Y si aún no le

he entregado la confesión de Smith es porque resulta demasiado interesante para desprenderse de ella. En parte, me sorprende que el jefe haya dado tan pronto la orden de liquidarme, sabiendo que este documento está en mi poder. Es tanto como hacer oposiciones a la «silla», por su parte.

Maloney pasó una de sus manos, finas y pulidas, por el ensortijado cabello, de un rubio muy claro, y repuso:

—Pensará encontrarlo después que te suprima.

—Pues está listo.

—Además, él confía en que tú no entregarás nunca esa declaración a la Policía. Sería tanto como delatarte a ti mismo. De todos modos no olvides que tiene mucho poder, Gordon. Más del que nosotros imaginamos. Ni siquiera le conocemos, al menos yo. Anda con cuidado y no te fíes ni de tu sombra. Nuestro mundo está lleno de traiciones. ¿Dónde guardas la confesión de Smith?

McCrohóm contempló fijamente a su interlocutor. Ahora no sonreía.

—Sidney, nunca he tenido más que un amigo en quién confiar de verdad. Ya te he hablado de él en alguna ocasión: William McGuffy. Terminó ya la carrera. Por eso fui a Harvard. Pero él no es como nosotros. Para mí ha sido siempre como un hermano pequeño. Casi como un hijo. Aparte de él solamente me he fiado de ti, pero no sé si seguir haciéndolo. Tú mismo has dicho hace un momento que nuestro mundo está lleno de traiciones. De todos modos, en cuanto hable con el jefe tendrá que cambiar de opinión y modificar sus planes respecto a mí. He tomado bien mis medidas. Voy a vestirme y saldremos. Espérame.

McCrohóm salió de la estancia. Con la mayor rapidez, Maloney limpió cuidadosamente con el pañuelo las huellas que hubieran podido quedar en el vaso y en la pequeña mesa. Había tenido buen cuidado de fijarse dónde ponía los dedos. Se levantó examinando todo con atención mientras se frotaba las uñas de la mano izquierda contra la solapa de su inmaculada americana azul marino. Después buscó por la casa con su paso ágil, felino.

McCrohóm estaba en el cuarto de baño anudándose la corbata frente al espejo colocado encima del lavabo, a través del cual vio entrar a su amigo.

—Estaba curioseando esto. Tienes un piso espléndido —aseguró

displicente Maloney.

—No está mal. Ahora lo he arreglado bastante, porque McGuffy vendrá a vivir aquí dentro de un par de días.

—A propósito, Gordon. ¿Has visto la nueva «German Luger» que me he comprado?

Sidney Maloney extrajo la pistola de la funda sobaquera que llevaba bajo la axila izquierda y la mostró a su amigo, que volvió un momento la cabeza a mirarla, para continuar seguidamente arreglándose la corbata.

—Magnífico cacharro, Sidney. Pero guárdala. No me gusta tener una pistola a mis espaldas. A veces se disparan solas.

Sidney Maloney jugueteó todavía unos momentos con el arma. Estaba totalmente detrás de McCrohom, y su cuerpo, de poca estatura, de aspecto casi frágil, que recordaba un maniquí, tapado por las anchas espaldas de Gordon, no se reflejaba en el espejo que éste tenía delante. Y McCrohom no pudo ver, en aquellos instantes, la torva expresión de amenaza que había aparecido repentinamente en el rostro de Maloney ni la cruel sonrisa de sus labios.

—Sí, es cierto: a veces se disparan solas.

Con el cañón apuntando a la espalda de su amigo, a la altura del corazón, Sidney Maloney apretó el gatillo una sola vez. El disparo sonó apagado por el silenciador y Gordon McCrohom no llegó a enterarse de nada, no tuvo tiempo ni de sorprenderse siquiera, y cayó muerto, con su sonrisa jovial en el rostro. El asesino le contempló durante unos segundos, murmurando cínicamente:

—Ya te dije que no te fiaras ni de tu sombra.

Se puso unos guantes de gamuza y buscó en los bolsillos del muerto hasta encontrar un manojo de llaves. Después se dirigió a la puerta de salida, cerrándola por dentro con un cerrojo, y, acto seguido, fue al despacho de McCrohom, se sentó ante la mesa y tras probar algunas llaves halló la que correspondía a los cajones.

Su registro fue meticuloso. Papel por papel, examinó cuanto allí había, sin dar con lo que buscaba. Con un gesto de contrariedad en el rostro, Maloney se levantó, buscando con detenimiento en el resto de la casa. Miró debajo de los colchones y de las alfombras, detrás de algunos cuadros que adornaban las paredes, en los armarios y en las mesillas de noche, y, por último, registró nuevamente el cadáver. Lo que buscaba no estaba allí.

Cuando se convenció de que no quedaba nada por ver, Maloney abandonó el piso. Al llegar al portal pasó rápidamente ante el conserje, con el rostro vuelto, y segundos después salía a la calle y se perdía entre el numeroso público que transitaba por ella.

Anduvo con paso rápido hasta la avenida de Amsterdam, donde había dejado estacionado su coche, un soberbio «Oldsmobile» de color azul. Manejando diestramente el volante, condujo el automóvil hacia Broadway Avenue, descendiendo hasta Canal Street, y cruzó el East River por el puente de Manhattan, internándose en Brooklyn.

Torció a la derecha, bajando por Sands Street y, casi al final, tomó Clinton Street, enfilando la calle a gran velocidad. Conducía casi todo el tiempo con la mano derecha solamente, mientras se frotaba mecánicamente las uñas de la izquierda contra la solapa de su verdosa gabardina.

Cuando llegó a la avenida Hamilton, dobló a la derecha y poco después frenaba el coche ante un pequeño «chalet» situado ya cerca de la orilla del río, donde comienza el Brooklyn-Battery, uno de los varios túneles que comunican Brooklyn con Manhattan. En el hotelito no se veía ninguna luz.

Sidney Maloney se apeó del coche, franqueó la puerta del jardín y momentos después llamaba por tres veces al timbre. La puerta se abrió sola y el «gangster» avanzó en la oscuridad sin vacilar, demostrando conocer perfectamente la distribución de la casa.

Llegó a una habitación completamente a oscuras. Una voz de metálico acento surgió de las sombras.

—¿Qué hay, Maloney?

—Liquidé a McCrohom.

—Magnífico. ¿Y el sobre?

—No lo tenía jefe. No dejé nada sin mirar En su piso, desde luego, no está.

—¡Maldición, Maloney! ¡Tiene usted que encontrarlo!

La voz tenía ahora un claro acento de amenaza. Maloney sonreía en la oscuridad.

—Procuraré hacerlo, señor. Es difícil, pero haré cuanto pueda.

—Escuche. Mañana llegará a Nueva York un tal McGuffy, William McGuffy...

Durante un rato, el hombre que se ocultaba en las sombras

siguió hablando con su metálica voz, que sonaba de un modo extraño en la oscuridad. El asesino escuchaba sin hacer comentarios, y cuando el misterioso personaje hubo terminado murmuró:

—De acuerdo, jefe. ¿Algo más?

—Nada. Puede marcharse.

Sidney Maloney abandonó la casa y montando en el coche dio la vuelta para emprender el regreso a Manhattan.

II



WILLIAM McGuffy contempló con los ojos húmedos la fúnebre tarea de los dos sepultureros vestidos de negro que depositaron en el fondo de la fosa el modesto ataúd en el que reposaban los restos del que en vida fue su amigo.

Cuando los dos hombres enlutados retiraron las sogas, de cuyos extremos pendían sendos garfios de hierro, empuñaron las palas y comenzaron a arrojar las primeras paletadas de tierra, William McGuffy, recordando una vieja costumbre de su lejana Escocia, cogió un puñado de arena y después de besarlo arrojólo a la tumba.

Entregó unas monedas a los empleados del cementerio y se fue alejando lentamente por las largas avenidas bordeadas de sombríos cipreses, en cuyas altas copas el viento frío de noviembre silbaba

lentamente su canción funeraria.

Acomodado en el asiento del «taxi» que le llevaba de nuevo a la ciudad, prendió un cigarrillo y fue rememorando su vida con Gordon McCrohom, el hombre que ahora dormía su último sueño con el corazón atravesado de un balazo y su eterna sonrisa de optimista impenitente estereotipada en el rostro, como si la muerte le hubiera sorprendido mientras reía una de sus eternas bromas.

Gordon McCrohom y él habían nacido en Escocia, en dos granjas vecinas. Cuando ambos contaban poco más de diez años de edad, sus padres, de mutuo acuerdo ambos matrimonios, emigraron a América.

Las cosas sólo marcharon bien en los Estados Unidos mientras duraron los fondos que con tanto trabajo habían ahorrado ambas familias con la ilusión de un porvenir mejor. Después llegó el fracaso y comenzaron los días malos; conocieron una vivienda miserable el barrio de Harlem, hambre, preocupaciones y disgustos.

Los dos viejos matrimonios, abromados por un destino adverso, dejaban pasar los días rumiando la nostalgia de sus tranquilas granjas de Escocia y sin preocuparse de sus respectivos hijos, que, apenas terminados los primeros estudios, crecían en el arroyo como dos golfillos más de la populosa urbe. En el espacio de un año ambos quedaron huérfanos.

McGuffy lloró mucho tiempo la muerte de sus padres y se entregó a la desesperación y a la congoja.

McCrohom apenas derramó una lágrima. Cuando volvía de enterrar a su madre —la última en fallecer de los cuatro desgraciados emigrantes— sus labios estaban fuertemente apretados y en sus ojos se leía una firme determinación de lucha.

McCrohom fue vendedor de periódicos, lavacoches de un garaje, boxeador en gimnasios de los suburbios, conductor de camiones... Él mantuvo el mísero hogar de Harlem y obligó a su amigo (siempre tímido y falto de voluntad) a continuar los estudios, que él costeaba.

Cuando William iniciaba alguna vez una protesta —tan débil como todos sus actos— por aquel género de vida en el que no contribuía con un solo centavo, mientras su amigo ganaba para los dos, Gordon, con su eterna sonrisa, le daba unas palmaditas en el hombro y le decía:

—Tú a callar y a estudiar Te reservo para explotarte el día de mañana. Cuando seas una «lumbera». Para esta vida de ahora tú no sirves; no tienes capacidad de reacción, no sabes luchar.

Y cambiaba de conversación, hablaba de su última conquista, de un combate de Joe Luis o de la película de moda.

Y, siempre obligado por la superior voluntad de su amigo, William McGuffy fue a Harvard, cursó leyes y durante unos años no tuvo más noticias de su amigo que el generoso giro que mensualmente recibía para atender a sus estudios y gastos personales, y alguna carta que otra. Cartas siempre frívolas, inconcretas, rebosando optimismo y alegría.

McGuffy destacó en la Universidad. Inteligente, serió, reflexivo, estudió con aprovechamiento, y aunque siempre vivía algo retraído, sus compañeros le apreciaban y le decían con frecuencia:

—Tú llegarás, chico, tú llegarás.

—¿Vosotros creéis? Yo creo que no. Alguien que me conoce muy bien dice que me falta capacidad de reacción ante la vida. Eso me pierde. Siempre fallaré, por timidez, en los momentos culminantes.

El día que William McGuffy recibió su título de abogado, en un acto protocolario y solemne, en el Aula Magna de la Universidad, cuando subió al estrado donde el decano entregaba los títulos a los alumnos, descubrió a su amigo Gordon. Éste se hallaba sentado entre el público, impecablemente vestido, con su sonrisa y su cabello encrespado, aplaudiendo frenéticamente como un chiquillo.

Terminado el acto, William, aún vestido con la toga y el birrete, se abrió paso entre los numerosos grupos de estudiantes que, rodeados de sus familiares, charlaban y reían satisfechos, hasta conseguir localizar a Gordon. Los dos amigos se abrazaron fuertemente. Como siempre, habló McCrohom.

—Bueno, muchacho; deja que te vea. Estás estupendamente. Se ve que te trataron bien por aquí. Bueno, bueno; hecho un señor abogado. ¿Qué te decía yo? Ahora una temporadita a mi lado para quitarte ese complejo de timidez que tienes, porque... lo sigues teniendo, no lo niegues; en la forma de subir a dónde aquel tío de las barbas os entregaba ese papel, lo he visto, no lo niegues. Pero, bueno, como te digo, una temporada a mi lado y el mundo es tuyo, muchacho, el mundo es tuyo. En fin, yo tengo que irme y...

—¿Que tú tienes que...? Pero ¿no te vas a quedar unas horas

siquiera? ¿Sabes la cantidad de cosas que tenemos que decirnos, mejor dicho, que tienes que decirme? Porque, vamos a ver, ¿qué haces? ¿A qué te dedicas ahora? ¿Cómo has prosperado tanto? ¿Cómo no vives ya en el piso de Harlem?

—Para, para, chico. Los negocios me reclaman. Tú no sabes lo que me ha costado poder venir a este acto. Y ya ves, llegué con el tiempo justo y tengo un coche esperándome en la puerta. Ya sabes nuestra nueva dirección. Aquí tienes una llave del piso. Dentro de un par de días ya habrás terminado tus asuntos aquí y te espero en Nueva York. Celebraremos tu llegada por todo lo alto y hablaremos cuánto quieras. Necesitarás dinero, ¿verdad?

McCrohóm alargó un enorme fajo de billetes al asombrado William y salió rápidamente con su paso ágil de atleta, abriéndose camino entre la multitud que llenaba el amplio «*hall*» de la Universidad, repartiendo sonrisas, murmurando disculpas...

McGuffy, un tanto absorto todavía, contempló las anchas espaldas de su amigo alejándose por el enarenado sendero que, a través del jardín, conducía a la calle. En aquel momento estaba muy lejos de suponer que era la última vez que veía vivo a su camarada.

Dos días más tarde, William McGuffy llegaba a Nueva York con su flamante título de abogado, lleno de ilusiones y de proyectos. Un «taxi» le condujo desde la estación, a través del enorme tráfico de la ciudad, hasta la casa de la calle Cuarenta y Tres. Ayudado por el chofer llevó las maletas al amplio portal y después de abonar el importe de la carrera se acercó al conserje.

—Buenos días. ¿El señor McCrohóm, por favor? Soy amigo suyo y vengo a alojarme con él. Tengo llave del piso.

El conserje se puso en pie. Era un hombrecillo pequeño, de ojos vivarachos, que contemplaron con simpatía al viajero.

—Usted debe ser el señor McGuffy, ¿no es cierto?

—El mismo.

—Mala suerte, muchacho. El señor McCrohóm me hablaba mucho de usted. Últimamente estaba muy ilusionado esperando su llegada. El pobre...

—Oiga —interrumpió McGuffy—: ¿Es que le ocurre algo a mi amigo? Habla usted de él como si hubiera muerto.

—Exacto.

—Qué... pero ¿qué dice usted?

El conserje puso una mano sobre el hombro de McGuffy con cariñoso ademán.

—Lo siento, créame que lo siento de veras. Apreciaba mucho al señor McCrohom. No sabe lo que lamento tener que darle esta noticia.

McGuffy ya no le oía. Estaba apoyado en el mostrador, como atontado, incapaz de pensar. En un momento parecía que el mundo se derrumbaba ante sí. ¡Gordon Mac Crohom había muerto! Su amigo, su camarada, tan lleno de vida unos días antes cuando fuera a verle a la Universidad.

McGuffy procuró serenarse, mirando de nuevo al conserje. Iba a formular una pregunta que le daba miedo porque William McGuffy, como casi todos los temperamentos débiles, era un gran intuitivo y algo en su interior le decía que en la muerte de su amigo debía haber algo misterioso, como lo hubo en su vida.

—Dígame: ¿De qué ha muerto Gordon?

—Pues mire usted, ¿para qué andar con rodeos? Fue asesinado. Un tiro por la espalda que le atravesó el corazón. Aquí mismo, en su propio piso.

El conserje relató lo poco que sabía.

—Fue ayer tarde, señor. A eso de las seis el señor McCrohom llegó y se detuvo un momento para advertirme que esperaba una visita y que en cuanto llegara la hiciera subir. Al poco rato vino un individuo con una gabardina verdosa y las alas del sombrero muy bajas; preguntó por el departamento del señor McCrohom, agregando que le estaba esperando. No pude verle apenas el rostro, mas en aquel momento no di importancia a ese detalle. Le indiqué el piso y el hombre subió en el ascensor. Había pasado más de una hora cuando volvió a bajar. Casi no me fijé al verle salir.

McGuffy escuchaba el relato del conserje sin hacer ningún comentario. El hombrecillo continuó:

—Transcurrió más de una hora y su amigo no bajaba. Esto era muy raro, ¿sabe?, porque el señor McCrohom nunca comía en su piso. Por eso me chocaba que no saliera, como de costumbre, para cenar fuera. A las nueve y media, ya muy extrañado, llamé por el teléfono, interior y no me contestaron. Pensando que a lo mejor se había puesto enfermo subí al departamento y golpeé la puerta repetidas veces sin obtener respuesta. Entonces salí a la calle y al

policía de servicio que estaba en la esquina le dije, lo que pasaba pidiéndole que me acompañara para descerrajar la puerta del cuarto. Subimos al piso, repetimos las llamadas y, por fin, forzamos la entrada y pasamos. Le encontramos en el cuarto de baño, en mangas de camisa, con un agujero enorme en la espalda. ¡Era horrible!

El hombrecillo hizo una pausa, prosiguiendo luego:

—Y nada más, señor. El guardia telefoneó, vinieron detectives, fotógrafos, peritos en huellas dactilares y el médico forense. Interrogatorios y todo lo demás. El

F. B. I.

interviene en el asunto. El cadáver debe estar en el depósito. El agente Stevens, del

F. B. I.,

que debe ser el encargado del caso y a quien yo mismo informé de la próxima llegada de usted, me ha entregado esta nota para que se la diera.

El hombre, después de rebuscar en un cajón, alargó a McGuffy un papel en el que este leyó la siguiente misiva:

«Señor William McGuffy:

»Le ruego se entreviste conmigo tan pronto llegue a Nueva York. Es importante. Fred Stevens, agente del
F. B. I.

»P. D. Puede encontrarme en mi despacho, en el 240 de Centre Street».

—¿Sabe usted si podré utilizar el cuarto?

—Sí, señor. Al menos la Policía no lo ha precintado, de modo que no veo ningún inconveniente. Esta misma mañana he hecho reparar la puerta.

McGuffy dejó el equipaje al cuidado del conserje y salió a la calle con el alma apagada y fría, entristecido, deshecho.

En un «taxi» se hizo conducir a la Morgue. Entró en el tétrico establecimiento con un nudo en la garganta y las lágrimas pugnando por asomársele a los ojos.

Estaba dándose a conocer al ordenanza de la puerta y exponiendo sus deseos de ver el cadáver de su amigo, cuando un

hombre joven, alto y fornido, que salía en aquel momento, se paró al oírle, acercándose al joven.

—¿McGuffy?

—Yo soy.

—Permítame que me presente. Agente Stevens, del

F. B. I.

McGuffy estrechó la mano que le tendían y vio unos ojos oscuros, penetrantes, que le miraban amistosamente.

—Tanto gusto. Recibí su nota hace un rato. Pensaba visitarle más tarde, pero antes quería ver por última vez al pobre Gordon.

—Me parece natural. Venga conmigo.

William se dejó conducir a través de una serie de pasillos hasta llegar a una sala amplia, de paredes desnudas, blancas, en la que había numerosas mesas de mármol, en algunas de las cuales se adivinaba, bajo una sábana, la forma de un cuerpo humano. El agente del

F. B. I.

le llevó hasta una de las mesas y suavemente tiró de la sábana dejando al descubierto el rostro del cadáver.

McGuffy ahogó un sollozo. La muerte había acogido a Gordon McCrohóm piadosamente. Tan piadosamente que su rostro aparecía tranquilo y la sonrisa con que le sorprendiera el asesino había quedado grabada en su cara. El joven pensó que en aquel momento su amigo le sonreía...

—¡Gordon! —musitó—. ¡Gordon! ¡Pero si no es posible...!

Transcurrieron un par de minutos, lentos y trágicos. El hombre del

F. B. I.

tapó nuevamente el cadáver y puso una mano sobre el hombro de McGuffy, que se dejó sacar de allí como un muñeco.

Una vez en la calle, Stevens le condujo a un restaurante cercano, pidiendo un doble de coñac para William.

—Beba, amigo. Le hace falta.

McGuffy bebió lentamente.

—Señor Stevens: debo haberle parecido un hombre cobarde, ¿verdad?

—No, amigo. Conozco algo de su vida y de su amistad con el hombre que reposa en la Morgue, y no me extraña su dolor. Pero no

hablemos de eso ahora. Es preferible que descanse y se reponga un poco. Si le parece, podríamos hablar mañana, y si no se encuentra bien, le acompañaré a donde quiera. Está solo, ¿no?

—Sí, estoy solo; pero ya me encuentro bien, muchas gracias. Dígame: ¿podría ocuparme del entierro de mi amigo?

—Precisamente iba a decírselo. Suponía que usted querría reclamar el cuerpo. Esta misma tarde, si lo desea, puede enterrarlo.

—Entonces, si no tiene inconveniente, voy a ocuparme de eso y mañana iré a verle a su despacho.

—De acuerdo. Me interesa hablar despacio con usted. Hay muchas cosas, en la vida y en la muerte de Gordon McCrohom, que desearíamos aclarar.

McGuffy sonrió para sus adentros. ¡Qué pocas cosas de la vida de su amigo podría él aclarar! Mas no dijo nada. No se sentía con fuerzas para prolongar aquella entrevista, y tiempo tendría al día siguiente de hablar con Stevens.

Despidióse de éste con un apretón de manos, consumió lo poco que quedaba de la mañana en las gestiones propias del entierro, y luego de comer en un restaurante cualquiera, acompañó en su último viaje por la Tierra al hombre que había sido para él más que un hermano.

El «taxi» que le traía del cementerio se detuvo, con un chirrido de neumáticos, ante el portal de la casa de la calle Cuarenta y Tres, arrancando a McGuffy de sus sombríos recuerdos.

Hacía solamente unas horas que llegara ante aquel mismo portal, deseoso de abrazar a su amigo, lleno de ilusiones y de proyectos para el porvenir. Y ahora...

Después de abonar el importe del servicio, se apeó y, tras cambiar unas breves palabras con el conserje y recoger su equipaje, subió en el ascensor al séptimo piso.

Con la llave que llevaba en el bolsillo, abrió la puerta correspondiente al departamento de McCrohom, entrando con cierta curiosidad.

A mano derecha pudo localizar la llave de la luz. Se encontró en el «*hall*». Dejando el equipaje en el suelo, se despojó de la gabardina y del sombrero. Se sentía cansado, muy cansado...

Había, a mano izquierda, unas grandes cortinas de terciopelo

rojo oscuro; apartándolas, descubrió el pequeño saloncito de estar.

—¡No se mueva! ¡Levante los brazos!

La voz había sonado a sus espaldas autoritaria y seca.

Era la primera vez que McGuffy se encontraba en una situación semejante. No tuvo miedo; tampoco tentaciones de volverse contra su misterioso atacante. No sintió nada. Simplemente, no reaccionó, limitándose a inquirir, con voz cansada:

—¿Quién es usted y qué desea de mí?

Algo duro cayó violentamente sobre su careza y, por primera vez en su vida, William McGuffy perdió el conocimiento.

III



ESPERTÓ McGuffy con un fuerte dolor de cabeza. Se encontraba sentado en una silla, fuertemente amarrado a la misma, en una habitación desconocida para él, sin más mobiliario que una mesa desvencijada y sucia.

Frente a él, separados por la mesa, en otras tantas sillas, había tres hombres a quienes no recordaba haber visto en su vida. La única ventana del cuarto estaba herméticamente cerrada y una polvorienta bombilla, pendiente del techo, iluminaba pobremente la estancia. A su izquierda había una puerta, cerrada por dentro con cerrojo.

McGuffy parpadeó un momento, mirando a los tres hombres que tenía enfrente.

Uno de ellos era un tipo alto, fornido, de mirada bestial, narices

achata das y vestido chillonamente. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado; la corbata, de vivos colores, torcida, y el sombrero caído sobre la nuca.

El segundo personaje era pequeño, con el pelo casi blanco. Los ojos oscuros, de mirada ardiente, denunciaban su raza latina. Vestía totalmente de negro.

Entre ambos se sentaba Sidney Maloney, fumando pausadamente un cigarrillo en la larga boquilla negra, mientras se frotaba las uñas de la mano izquierda contra la solapa de la americana.

El hombre fornido fue el primero en hablar:

—Parece que el mozo se ha despertado, jefe.

—Sí, es cierto; parece que se ha despertado —repuso Maloney—; pero no del todo, a juzgar por la expresión de imbécil que tiene. Termina de despertarle, Joe.

Levantóse el gigante, aproximándose a la silla ocupada por McGuffy, hasta quedar frente a él. Bruscamente, su puño izquierdo salió disparado, golpeando brutalmente la mejilla derecha de McGuffy, cuya cabeza se ladeó mientras sentía un fuerte dolor y el sabor de sangre en la boca. El gigante disparó a continuación su puño derecho. Sucesivamente golpeó uno y otro lado de la cara de William, cuya cabeza se bamboleaba de un lado a otro como una pelota de goma.

Durante el tiempo que duró el bárbaro castigo, el joven apenas si tuvo tiempo de coordinar sus ideas, y su mente, embrutecida por el cúmulo de emociones de las últimas horas, deseó la muerte, el descanso...

—Basta, Joe; ya debe estar bien despierto.

Maloney se puso en pie y perezosamente se acercó al prisionero.

—Bueno, muchacho, no te asustes. El pobre Joe sólo trataba de despertarte. Ahora me dirás una cosa que deseo saber y enseguida podrás marcharte a casa. Empezaré por advertirte que conozco perfectamente tu íntima amistad con Gordon McCrohom. No intentes, pues, engañarme y límitate a contestar a lo que te pregunte.

Maloney hizo una pausa para mirar fijamente a McGuffy, como queriendo estudiar el efecto de sus palabras y las reacciones del prisionero, y prosiguió, hablando lentamente, con su voz gangosa:

—Veamos; hace unos días, McCrohom acudió a la Universidad de Harvard a presenciar la entrega de títulos a los alumnos licenciados en Derecho —tú entre ellos— y habló contigo unos minutos en el vestíbulo de la Facultad, entregándote un sobre. ¿Dónde está?

McGuffy tardó unos momentos en responder:

—No es cierto. Gordon me entregó una llave y dinero; la llave era la de su piso, donde yo debía reunirme con él. Pero no me dio ningún sobre.

—¡Mientes, perro!

Los ojos de Maloney echaban chispas y en aquel instante su mirada parecía la de un loco. Sus finas y pulidas manos abofetearon con furia salvaje las mejillas del joven.

—¿Hablarás de una vez, maldito? Necesito ese sobre. No sabes lo que te espera. Fíjate bien: no tienes ni la menor idea de lo que soy capaz de hacer contigo si no me dices lo que quiero saber. ¡Desembucha pronto!

—Se equivoca usted. Gordon no me entregó ningún sobre. Puede hacer conmigo lo que quiera; puede hacerme pedazos y someterme a cuantas torturas se le ocurran, mas no podrá conseguir que le revele lo que no sé. Hace un momento decía estar perfectamente enterado de todo lo concerniente a McCrohom y a mí. Ya sabe más que yo. Métase en la cabeza que ignoro por completo cuáles eran los negocios o actividades de mi amigo ni a qué se dedicaba en estos últimos años. En una palabra, quiera usted o no quiera, no sé nada de todo esto.

—Qué gracioso nos ha salido el niño —intervino, burlón, el llamado Joe—. Conque no sabes nada de nada, ¿eh? ¡Pobrecito él! Resulta que es un pollito recién salido del cascarón. ¡Voy a darte lo tuyo, para que aprendas a contar cuentos orientales!

—¡Un momento! —El hombre pequeño, del pelo blanco, hablaba por primera vez, con una voz armónica, modelando perfectamente las palabras—. Jefe, he presenciado muchos interrogatorios en mi vida; he hecho «cantar» con mis procedimientos especiales a los tipos más duros que puedas imaginarte. Recuerdo que una vez, allá en Sicilia... Pero eso no importa ahora. A mí no es posible equivocarme. Este «bambino» dice la verdad. No sabe nada de nada. Hemos equivocado el camino.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Ahora acabo de descubrir una nueva faceta del desconcertante temperamento de McCrohom. Los italianos somos grandes psicólogos, jefe. Haz con éste lo que quieras, pero no perdamos el tiempo, que no nos sobra.

—Está bien. Lleváosle y ya sabéis lo que hay que hacer.

McGuffy nunca había tratado con «gangsters», pero no era tonto y comprendió que había llegado su última hora. Se dispuso a morir. A fin de cuentas, había sufrido tanto en las últimas horas, que todo le daba igual. Se preguntó, de pronto, qué habría hecho McCrohom en una situación semejante.

«Tú no tienes capacidad de reacción ante la vida; tú no sabes luchar...»

Las palabras que tantas veces oyera en labios de su amigo le martilleaban el cerebro. Destrozado materialmente por la muerte de aquél, cansado, apaleado, deshecho, algo se despertó súbitamente en el espíritu de William McGuffy. Algo que probablemente existió siempre, aletargado y quieto, y que acababa de surgir bruscamente en su alma como un relámpago en la noche.

Pensó que seguramente sus verdugos no le darían la menor oportunidad de lucha; pero si se presentaba el más mínimo resquicio de defensa la más pequeña probabilidad de acción, estará decidido al combate.

Procurando acentuar su aire de fatiga, entornó los ojos...

Joe había sacado del bolsillo una navaja, con la que procedió a cortar las cuerdas que sujetaban al prisionero.

—¡Andando! Te voy apuntando desde el bolsillo. Al menor gesto eres hombre muerto.

McGuffy no replicó. Trabajosamente se puso en pie. Salió primero Maloney; a continuación, el italiano, sujetando a McGuffy por un brazo, y el salvaje Joe cerraba la marcha.

Descendieron una escalera de madera, mal alumbrada, hasta llegar al portal, y salieron a una calle de miserable aspecto, desconocida para William, que aspiró con ansia el aire frío de la noche. Había dos coches parados junto a la acera. Un hombre se acercó, murmurando:

—Sin novedad, jefe.

—¡Está bien! —Maloney se volvió a los que conducían a

McGuffy—: Vosotros esperad un rato después de mi marcha. Cuando acabéis con éste nos reuniremos en el club. Y mucho cuidado, ¿eh? Aunque —miró un momento al prisionero— no creo que este «bambino», como le llama Luigi, os dé mucho que hacer.

Soltando una risita ahogada, penetró en uno de los coches, que instantáneamente se puso en marcha, desapareciendo poco después tras de una esquina.

Luigi y Joe retrocedieron al interior del portal, empujando a McGuffy. El primero de ellos consultó un reloj de pulsera, de esfera luminosa.

—Esperaremos cinco minutos, Joe.

—«O. K», Luigi. Esperaremos. Lo que no me entra en la cabeza es que el jefe se fíe tan fácilmente de ti. «El “bambino” no sabe nada». Lo ha dicho Luigi, y ya está. Se acabó la función. Pues a mí me parece que...

—A ti no te parece nada, Joe. Tú no eres más que una bestia con menos cerebro que un mosquito. El jefe sabe que Luigi tiene cerebro, muchacho, un gran cerebro...

Distraídos en conversar los dos «gangsters», descuidaron un momento la vigilancia de McGuffy, tal vez confiados por el aire de abatimiento y de cobardía que el joven presentaba.

Era la ocasión. Recordaba perfectamente que el automóvil que quedaba en la calle estaba vacío. Tampoco le pasó desapercibido que el coche en el que partiera el jefe había doblado rápidamente una esquina, que no podía estar muy lejos. ¡Si consiguiera llegar a ella!

McGuffy respiró hondo. En la Universidad había ganado varias pruebas de atletismo. Sabía correr, y aunque se encontraba en unas condiciones físicas lamentables, no creía que el excesivamente corpulento Joe ni el ya viejo italiano pudieran competir con él por piernas. Solamente una bala podría ser más rápida que su carrera; pero tenía que arriesgarse. Tal vez no volviera a presentársele otra oportunidad.

El corazón le latía con una violencia terrible y sus sienes palpitaban desaforadamente. Como un relámpago pasó por su imaginación el cadáver de Gordon McCrohom tendido sobre la fría losa del depósito, y... ya no pensó más.

Repentinamente, su pie derecho golpeó bestialmente el bajo

vientre de Joe, que se encogió con un alarido de dolor, y de un violento empujón hizo rodar por tierra al pequeño italiano. Después partió a la velocidad de una flecha.

—¡Imbécil, que se escapa! —oyó gritar a sus espaldas.

El joven había enfilado la calle corriendo, agachado, con toda la celeridad que le permitían sus piernas. Jadeaba considerablemente debido al esfuerzo y a la emoción de aquellos momentos, los más intensos de toda su vida. Sentía los pasos de sus perseguidores resonando en la solitaria calle y el ruido de los disparos, que restallaban trágicamente en el silencio de la noche. Un silencio denso, hostil, ominoso, que hizo pensar a William, mientras corría desesperadamente, que se encontraba solo, desamparado, a merced de los dos asesinos que le perseguían sin dejar de disparar.

Por un instante creyó que las fuerzas le abandonaban y que el desánimo se apoderaba de su espíritu. Pero fue sólo eso; un instante. Apretando los dientes con rabia, pidió mentalmente un esfuerzo mayor a sus cansados músculos, acelerando la marcha.

Percibía el zumbido de las balas que le rondaban como mensajeros de muerte, y de pronto, notó una quemadura punzante en el hombro derecho, mas no hizo caso. Se encontraba ya junto a la esquina y dobló por la bocacalle sin disminuir la marcha.

Estaba en una calle sucia, larga, alumbrada débilmente por unos faroles de gas. Los pasos de los dos criminales parecieron distanciarse y los disparos cesaron momentáneamente. McGuffy ignoraba por completo dónde se hallaba. Su fatiga se acentuaba por momentos. Las pisadas de sus perseguidores se acercaron de nuevo y las balas tornaron a silbar sobre su cabeza. Le pareció escuchar a lo lejos el silbido del pito de un policía.

Torció otra esquina. La potente luz de los faros de un automóvil le cegó unos segundos y el joven hizo un último y desesperado esfuerzo, avanzando con las energías redobladas por la esperanza, al tiempo que agitaba los brazos para llamar la atención de los ocupantes del vehículo, que se detuvo, por fin, con un brusco frenazo junto al perseguido.

El corazón le dio un vuelco. ¡Era un coche de la Policía! Un sargento asomó la cabeza por la ventanilla, interpelando al joven:

—¿Qué le ocurre, amigo?

—Déjeme subir, por favor. Me persiguen dos «gangsters» —

respondió McGuffy, con voz entrecortada.

Sin esperar respuesta, abrió la portezuela trasera y se dejó caer, rendido, sobre el mullido asiento, mientras un frío sudor comenzaba a resbalarle por la frente.

En aquel momento, los dos criminales volvían la esquina. Se quedaron clavados en el suelo al ver el coche de la Policía, e instantáneamente dieron media vuelta y emprendieron la huida.

—¡Duro con ellos, Harry! —ordenó, excitado, el sargento.

El coche salió disparado en persecución de la pareja. Torcieron por una esquina; luego, otra, tomando la curva sobre dos ruedas. Poco antes de llegar a la casa donde McGuffy estuviera secuestrado, el automóvil que se hallaba allí, destinado para su «paseo», se ponía en movimiento, arrancando a toda velocidad.

Durante varios minutos, el coche ocupado por Joe y Luigi corrió en zigzag, tomando calles y más calles, con ánimo de despistar a sus perseguidores. Pero el chofer de la Policía pisaba a fondo el acelerador y ganaba terreno por momentos. El sargento había sacado por la ventanilla el brazo derecho, armado de un revólver de reglamento, y atisbaba el momento propicio para disparar.

En el asiento trasero, McGuffy, respirando todavía entrecortadamente, seguía con atención las incidencias de la carrera, mientras poco a poco empezaba a apoderarse de él una gran debilidad y sentía que se le cerraban los ojos.

Al entrar en una calle estrecha, un enorme camión hacía maniobra para dar la vuelta. El conductor del automóvil policíaco pisó el freno a fondo y el vehículo se detuvo con un chirrido espeluznante de neumáticos a menos de una yarda del camión. Cuando el paso quedó libre, ya era tarde. El coche perseguido había desaparecido sin dejar rastro.

El sargento guardó el revólver ahogando una maldición y, volviéndose a McGuffy, inquirió:

—Bueno, amigo; ahora, si no tiene usted inconveniente, explíquenos lo ocurrido.

William se pasó una mano por la cara con gesto de abatimiento y sólo pudo articular, con voz que parecía un susurro:

—Agente Stevens, del

F. B. I.

He de verle enseguida. Lléneme a él. Yo...

El cansancio, la pérdida de sangre por los golpes y la herida sufridos, las brutales emociones de las últimas horas, habían acabado con la resistencia del escocés. Estaba desmayado.



PRIMER CENTENARIO DEL F. B. I.

Se celebrará la publicación del núm. 100, brindando a los lectores asiduos un magnífico número EXTRAORDINARIO

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

por ALF MANZ

¡ENCÁRGUELO ANTICIPADAMENTE A SU LIBRERO!

IV



RAN las cuatro de la mañana cuando el teléfono sonó insistentemente. Fred Stevens dormía con un sueño pesado y tardó más de un minuto en despertarse. Descolgó el auricular de la mesilla de noche.

—¡Dígame!

—¿Stevens?

—Sí. ¿Quién es?

—Oye, Fred, soy Marshall. Un coche patrulla de la Policía acaba de traer aquí a un individuo a quien recogieron en la calle cuando dos tipos trataban, al parecer, de cargársele. El sujeto en cuestión ha venido sin conocimiento; tiene la cara hecha una pena. Han debido zurrarle de lo lindo. Además, ha recibido un balazo en el hombro derecho, aunque no parece grave. Hemos conseguido reanimarle y...

—Abrevia, Marshall. No soy yo quien está de servicio esta noche, sino tú. Estoy muerto de sueño. ¿Qué tengo yo que ver con ese sujeto?

—Escucha, hombre. El individuo quiere hablar contigo. Dice llamarse McGuffy y...

—¿Has dicho McGuffy?

—Sí, eso dije.

—Voy ahora mismo.

Stevens colgó el auricular y saltó de la cama. Se había despertado por completo. En cinco minutos estuvo vestido, y un cuarto de hora más tarde, entraba en el edificio del

F. B. I.,

en el número 240 de Centre Street.

El William McGuffy que contempló era muy distinto de aquel otro que viera por la mañana en el depósito de cadáveres. Estaba lleno de sangre con el traje hecho pedazos, y las huellas de la reciente paliza se acusaban en toda su persona. Pero los ojos tenían un brillo que podía resultar peligroso.

—Bueno, amigo; ¿qué le ha ocurrido?

—Llego un poco adelantado a la cita que habíamos concertado, ¿verdad? Pero no es culpa mía. Verá usted...

McGuffy relató detalladamente toda su aventura. Stevens le escuchó sin interrumpirle. Su rostro denotaba preocupación.

—Bien; conqué buscan un sobre, ¿eh? Esto aclara algunas cosas. Ante todo, vamos a llevarle a usted a una clínica a que le vea un médico. Volver a la casa donde le tuvieron encerrado sería inútil. Los pájaros habrán volado. No obstante, mandaré allí a un agente.

—Un momento —la voz de McGuffy era fría y cortante—. Mis heridas pueden esperar; no son graves. Usted me dijo esta mañana que quería hablar conmigo para averiguar ciertas cosas de Gordon McCrohom. Cambiemos los papeles. El que interroga soy yo, porque creo tener derecho a saber qué es todo este jaleo. ¿No cree usted que debe darme una explicación?

Fred Stevens contempló fijamente, durante unos momentos, al hombre que tenía delante.

—De acuerdo, amigo. Voy a dársela.

El agente del

F. B. I.

ofreció un cigarrillo al joven, encendió otro y comenzó su relato:

—Gordon McCrohom era propietario de un «*night-club*», *El Cisne Rojo*, situado en la Octava Avenida. Poseía también un par de gimnasios en los suburbios y manejaba mucho dinero. Nunca había tenido que ver con la Policía, a pesar de lo cual estaba sometido a una discreta vigilancia, pues sospechábamos que estaba complicado en el tráfico de estupefacientes, que, últimamente, ha tomado en nuestro país un incremento terrible, sumiendo en la más espantosa relajación física y moral a miles de jóvenes americanos.

—Algo de eso he sabido durante mi estancia en Harward —interrumpió William—. Sin embargo, me extraña mucho que Gordon...

—Pues no le extrañe —atajó el federal—. McCrohom tenía relaciones con muchos tipos del hampa, y ciertas confidencias recibidas, además de algunas averiguaciones practicadas, le señalaban como el organizador en Nueva York del tráfico clandestino de drogas. Pero nunca pudimos probarle nada. En una ocasión practicamos un minucioso registro en *El Cisne Rojo*, sin ningún resultado. McCrohom nos atendió cortésmente y presenció el registro impasible y sin hacer comentarios. Sin embargo, una muchacha recluida en el Hospital Municipal, próxima ya a la locura por el abuso de las drogas, afirmaba rotundamente, en sus ratos de lucidez, que a ella la proporcionaban la heroína en el «*cabaret*» de McCrohom.

Fred Stevens hizo una pausa, mirando a su interlocutor, como si esperase de este algún comentario, y al ver que McGuffy permanecía silencioso, prosiguió:

—Hace aproximadamente un mes, fue ejecutado en Sing-Sing,

por el asesinato de un agente del

F. B. I.,

un individuo llamado Bob Smith, que había pertenecido a la cuadrilla que dirigía McCrohom. Horas antes de su muerte, Bob Smith solicitó útiles de escribir y, durante el tiempo que precedió a la ejecución, escribió incansablemente en su celda, entregando al guardián de la prisión un sobre cerrado, con esta indicación: «Para entregar al alcaide de la prisión de Sing-Sing

después de mi muerte». Terminada la ejecución, el alcaide debió leer lo escrito por Smith, y poco después, llamaba nerviosamente por teléfono al

F. B. I.,

en Washington, solicitando una entrevista con el director general, pues, según dijo, tenía que hacer sensacionales revelaciones referentes al tráfico de estupefacientes.

Fred Stevens se detuvo en su relato, para encender un segundo cigarrillo. McGuffy continuaba silencioso, con una expresión de tristeza en la mirada. El federal continuó:

—En el trayecto de la cárcel a su domicilio, el alcalde fue asesinado de una puñalada en la garganta, y de la misteriosa declaración del ejecutado no se ha vuelto a saber una palabra. No se encontraron huellas de ninguna clase que pudieran proporcionar una pista para el esclarecimiento del crimen. Personalmente no creo que fuese obra de McCrohom, porque siempre he tenido la impresión de que su amigo no cometió nunca, directamente al menos, delitos de sangre.

—Continúe, Stevens, por favor —le animó, interesado, el joven, en tanto que su rostro aparecía lívido.

—Pues poco resta por decir. El asesinato del alcaide sigue impune. El propio John Edgar Hoover, nuestro director general, anunció a la oficina de Nueva York que tomaría cartas en el asunto si no aclarábamos el caso en un plazo de quince días. Carecíamos de pruebas materiales para proceder contra McCrohom; investigamos minuciosamente toda su vida.

—¿Dónde encajo yo en todo esto, Stevens? —volvió a interrumpir McGuffy.

—A eso iba. El nombre de usted salió a relucir en las cuidadosas averiguaciones practicadas sobre la vida de su amigo. Pedimos informes a la Universidad de Harvard, y éstos, no pudieron ser más favorables, a pesar de lo cual, y dada su íntima amistad con el muerto, mis jefes no descartaban la posibilidad de que fuera usted un cómplice más de la banda. Personalmente no acepté esta teoría, por cuanto no se me alcanzaba qué papel podía usted representar en el asunto, estando, como estaba, desde hace años, recluido en Harvard y sin salir de allí ni siquiera en los períodos de vacaciones. A pesar de la falta de pruebas contra McCrohom, decidimos

detenerle para someterle a un interrogatorio... pero llegamos tarde. Alguien se nos ha adelantado y McCrohom se ha llevado su secreto a la tumba. Y así están las cosas, amigo. ¿Qué piensa usted de todo esto?

Fred Stevens había terminado su relato y encendió un tercer cigarrillo. McGuffy respondió, con entonación sombría:

—No sé qué pensar. Resulta doloroso encontrarse de golpe y porrazo con que el mejor amigo de uno ha sido asesinado y enterarse, además, de que era el jefe de una organización criminal. Yo le quería y le admiraba. Pero es inútil tratar de cerrar los ojos a la realidad. Sin embargo, algo me dice que en Gordon no había verdadera maldad. ¡Quién sabe las causas que le hicieron rodar pendiente abajo! Era un gran carácter, y no cabe duda de que, el recuerdo de los trágicos días de nuestra niñez, le hicieron desear el poder y la riqueza, sin reparar en medios y sin pensar que el que se coloca al margen de la ley, tarde o temprano, termina pagando sus culpas, aun cuando, en este caso concreto, no haya sido precisamente la Ley la que acabó con McCrohom.

La voz de McGuffy era grave, parecía rota. Prosiguió diciendo, mientras se restregaba nerviosamente las manos:

—Sea como sea, Stevens me encuentro metido en este embrollo sin comerlo ni beberlo. En los momentos presentes, mi vida no vale un centavo. Es seguro que los tipos que me secuestraron no pararán hasta acabar conmigo, pues puedo reconocerlos si los veo. Además, tengo el convencimiento de que alguno de ellos fue el que asesinó a McCrohom. No sé por qué, pero lo sé. Y quisiera tenerlo alguna vez en mis manos. Soy un hombre pacífico o, mejor dicho, lo era; sin embargo, no hay término medio, Stevens: o ellos o yo. Me gustaría colaborar con usted, si ello es posible, y terminar con la banda. En cierto modo, es un medio de vengar a Gordon.

Stevens repuso, sonriendo:

—Esperaba algo así de usted. Acepto su colaboración, si bien debo advertirle que esto lo hago por mi propia cuenta y que, por tanto, si algo le ocurre, la responsabilidad será sólo suya.

—Trato hecho, Stevens. ¿Por dónde empezamos?

—Si no le molesta, empecemos por un médico para usted, ¿eh?

Stevens condujo al magullado McGuffy a la clínica de un médico amigo suyo, al que despertó sin más contemplaciones. El cirujano

arregló lo mejor que pudo la cara de McGuff y, a continuación, examinó la herida del hombro.

—Tuvo suerte, amigo. Esta bala le alcanzó con poca fuerza. Está muy superficial. Habrá que extraerla.

—¿Puede hacerlo ahora mismo, doctor? Sin anestesia.

—Si usted quiere... pero le advierto que dolerá.

—Adelante, doctor. No se preocupe.

Stevens que en otros tiempos había pensado en estudiar Medicina y tenía cierta afición a aquella ciencia, observó, complacido, la maestría con que su amigo, el cirujano, realizó la pequeña intervención en menos de veinte minutos, y no pudo por menos de admirar también el temple del joven escocés, que fue capaz de aguantar sin exhalar una queja.

Cuando todo hubo terminado, McGuff y, con el rostro pálido, solicitó un cigarrillo. El médico le dio el cigarrillo y una copa de coñac francés, que McGuff y apuró de un trago, chasqueando la lengua.

Fred Stevens había recogido la bala, guardándola cuidadosamente en un pañuelo, para enviarla a los laboratorios del F. B. I.

—Adiós, John —despidióse el federal—, y muchas gracias por todo.

—Adiós, Fred. Y... ten cuidado. Siempre andas metido en estos jaleos y sentiría tener que enviarte algún día una corona de flores. Señor McGuff y, he tenido mucho gusto en serle útil; pero procure evitar las balas. No siempre se tiene la misma suerte.

Salieron a la calle. Comenzaba a amanecer. Una claridad suave iba apareciendo por oriente, bañando las alturas de los rascacielos. La inmensa ciudad aún dormía.

En el coche del agente federal se dirigieron a la calle Cuarenta y Tres. Por tercera vez, McGuff y entró en aquella casa, mas ahora no ocurrió nada desagradable. Stevens y él subieron al piso y se sentaron en el pequeño salón a beber una copa. Interrogó McGuff y:

—¿Tiene usted alguna idea, Stevens?

—Pues, sí. Mi idea es que la desaparecida confesión de Bob Smith estaba en manos de McCrohom. Éste, desde luego, debía ser el jefe de la cuadrilla que actúa en el tráfico de drogas, pero no era la cabeza dirigente.

—¿Usted cree?

—Con toda seguridad. McCrohom obedecía órdenes de alguien que estaba por encima de él. Por alguna razón, que de momento no se me alcanza, debió haber alguna discrepancia entre McCrohom y el resto de la banda. Lo más seguro es que éste guardara la confesión de Smith para tener en su poder un arma que utilizar contra los que le mandaban.

—Me parece bastante acertada su suposición —intervino nuevamente McGuffy—. No debemos olvidar que Gordon era endiabladamente inteligente.

—Sus compañeros —continuó Stevens— le asesinan y buscan el documento, mas no lo encuentran, y como conocen perfectamente la vida de McCrohom y su amistad con usted, sospechan que la confesión de Smith pueda estar en su poder, y le secuestran, para obligarle a decir dónde se encuentra. ¿Está de acuerdo?

—Por completo.

—La clave del asunto está en la declaración de Smith. ¿Dónde encontrarla? Hay una cosa por hacer rápidamente: ir a ver a una chica que tenía mucha amistad con McCrohom. Yo la conozco desde hace años. Aunque no creo que pueda proporcionarnos ninguna pista, nunca se sabe. Se llama Magda Robertson...

Sidney Maloney se apeó del automóvil ante una casa de la calle Treinta y Cuatro, pulsando el timbre tres veces seguidas. Abrióse una mirilla, y enseguida, la puerta, y un hombre, vestido de etiqueta, le franqueó el paso.

—Hola, Sidney.

—Hola, Robert. Estaré arriba. Espero a Luigi y a Joe. En cuanto lleguen, hazlos subir.

—Está bien.

Maloney ascendió unas alfombradas escaleras y llamó a una segunda puerta, que fue abierta sin más dilación por otro individuo, vestido también de etiqueta. Se repitieron los saludos y las instrucciones.

El rubio penetró en una enorme sala, a cuya izquierda, tras el largo mostrador de un bar, varios camareros servían bebidas a unas cuantas damas y caballeros, encaramados en altos taburetes.

En el resto de la sala había un par de mesas de ruleta y otras

varias, en las que hombres y mujeres jugaban al póker, al *bridge* y al «baccarra».

Una orquesta de «jazz» interpretaba las últimas melodías de moda, a cuyo son bailaban algunas parejas en la pequeña pista.

El local estaba decorado con gusto. Muebles de caoba, arañas de alto precio y mullidas alfombras, además de unos cuantos cuadros de valor adornando las paredes.

Había mucha gente y la atmósfera estaba enturbiada por el humo de los cigarrillos.

Sidney Maloney, frotándose las uñas contra la solapa de la gabardina, cruzó el salón, cambiando algunos saludos. Una rubia platino, alta, de cuerpo ondulante, vestida con un traje de noche exageradamente llamativo, se le acercó y le detuvo, poniendo una mano en el hombro.

—¡Vaya, hombre! ¡Creí que no venías!

—Para el caso como si no hubiera venido —repuso, malhumorado, el «gangster»—. Tengo que hacer. ¡Déjame!

Se zafó de la rubia, que se le quedó mirando con ojos llameantes de ira, y, apartando unas cortinas que había al final del salón, pasó a otra habitación, amueblada con un tresillo de cuero y una pequeña mesa. Al fondo había otra puerta, que Maloney abrió con un llavín, entrando en un lujoso despacho. Despojándose de la gabardina y del sombrero, tomó asiento en un butacón, tras de la mesa. Pulsó un timbre y poco después sonaban en la puerta unos golpes discretos.

—¡Adelante!

Entró un camarero.

—Trae una botella de «*whisky*» y tres vasos. Joe y Luigi no tardarán en llegar.

—Sí, señor.

Al poco rato regresaba el camarero, con el servicio pedido, en una bandeja de plata, que dejó sobre la mesa, retirándose a continuación.

Maloney se sirvió, bebiendo lentamente. Puso un cigarrillo en la larga boquilla negra.

Transcurrieron tres cuartos de hora, y el joven seguía bebiendo y fumando. Su rostro no denotaba emoción alguna.

Volvieron a llamar a la puerta y Joe y Luigi entraron en el

despacho. Maloney comprendió, nada más verlos, que algo no iba bien.

—¿Qué hay?

—Se ha escapado, jefe —declaró Joe, con voz plañidera.

—¡Idiotas! ¿Conque se ha escapado? ¡Pareja de inútiles! ¿Cómo ha sido eso?

Joe explicó lo ocurrido tartamudeando, y finalizó:

—Comprenda, jefe, que si no llega a aparecer tan oportunamente el coche de la Policía, el tipo no se escapa, pero...

—¡Basta! Ya no tiene remedio. ¡Esperad!

Descolgando el auricular de un teléfono que había sobre la mesa, Maloney marcó un número.

—Aquí, Sidney, «boss». Interrogamos al tipo ése. Desde luego, no sabe nada. Di orden de liquidarle, pero se les ha escapado a este par de imbéciles.

Durante largo rato, Maloney estuvo escuchando, contestando de cuando en cuando concisamente.

—Sí, señor. Bien, señor. De acuerdo, señor.

Después de colgar el teléfono miró fijamente a sus dos esbirros. Joe daba vueltas nerviosamente al sombrero entre las manos. El italiano permanecía impasible.

—Oídmeme, estúpidos. El jefe está que brama. Hay que liquidar a ese McGuffy cuanto antes, y también a Fred Stevens, el agente del F. B. I.

Hay diez de los grandes para cada uno por el trabajo.

—Oye, Sidney —Luigi hablaba con voz tranquila—: es muy bonito eso de dar órdenes sin dar la cara. Matar, matar, matar... ¿Por qué no los mata él? Al menor descuido, nadie podrá librarnos de la silla caliente. ¡Matar a Fred Stevens!. ¿Crees que es tan fácil? ¿Acaso no recuerdas lo que hizo con Howard? Ese individuo es listo y peligroso. Una vez le he visto «sacar» y no seré yo quien me enfrente con él. Bien está eso de los diez grandes, pero aprecio mucho la pelleja.

—¿Por qué no da la cara el patrón? Ni siquiera sabemos quién es.

—Luigi tiene razón —apoyó Joe—. Este asunto cada vez me gusta menos y...

—¡Basta, idiotas! Mañana, a las nueve, nos reuniremos en el bar

de Dexter y os diré lo que hay que hacer. Yo iré con vosotros, si tanto miedo tenéis. Podéis marcharos.

Joe y Luigi salieron con caras hoscas. Diez minutos más tarde, Maloney abandonaba el club. Montó en el coche, que tenía a la puerta, y salió a gran velocidad, abandonando Manhattan por el puente de Brooklyn. En este barrio recorrió el mismo itinerario de la noche anterior, hasta llegar al chalet de la avenida Hamilton. Paró el automóvil, penetrando en el hotelito, hasta llegar a la oscura habitación desde la que el misterioso personaje hablaba en las sombras.

—¡Hola, Maloney! No se acerque más. Desde donde está puede entenderme perfectamente. Si alguna vez sintió tentaciones de verme la cara... olvídalo. No daría ni dos pasos vivo.

Maloney quedó parado, en pie, sin avanzar ni un milímetro. La voz continuó diciendo:

—Estamos fracasando estrepitosamente, Maloney. Es necesario encontrar a toda costa la declaración del imbécil de Smith. McCrohom la tenía, estoy seguro. ¿Dónde la guardaba? Eso es lo que hay que averiguar. Si tampoco la tenía ese McGuffy, como yo suponía, emprenderemos otros caminos, hasta dar con ella. Por cierto, que debe advertir a sus hombres que cometieron un gran error dejando escapar a ese sujeto. No consentiré una segunda equivocación.

Sidney Maloney era un criminal, un asesino nato, que encontraba un placer morboso en matar. Carecía de nervios y no tenía nada de cobarde. Sin embargo, había ocasiones en que la voz que sonaba en la oscuridad le producía una sensación muy parecida al miedo. Tenía pruebas hartas demostrativas del poder casi demoníaco de aquel hombre. Y aquélla era una de esas ocasiones. Logró sobreponerse, sonriendo en las tinieblas.

—Sí, señor —contestó—. Serán advertidos.

—Bien; le diré lo que ha de hacer mañana. Esa chica, la novia, o lo que fuera, de McCrohom. ¿La conoce?

—Sí, señor.

—Creo que se llama Magda Robertson...

V



AGDA Robertson era trigüeña, de regular estatura, bien proporcionada y tenía los ojos azules, candorosos y de límpido mirar. Vivía en un pequeño hotelito de la Primera Avenida, cerca de su confluencia con la calle Houston, en compañía de su padre.

El padre de Magda era ya viejo. Había sido un famoso historiador y estaba retirado ya de las actividades públicas. La mayor parte del tiempo la pasaba encerrado en su despacho, dedicado a la lectura de legajos antiguos, su ocupación favorita.

Tenía una gran posición económica, pero nunca se preocupó gran cosa de la educación de su hija, y ésta era una criatura acostumbrada a conseguir sus caprichos, a alternar con la buena sociedad neoyorquina y a pasar el tiempo entre deportes, clubs nocturnos, teatros y «cines».

Magda había frecuentado mucho *El Cisne Rojo* y allí conoció a Gordon McCrohom, manteniendo con él un trato muy frecuente, que rozaba ya los límites del noviazgo. Cuando Magna se enteró por los periódicos del asesinato de McCrohom y supo una serie de detalles de su vida, sufrió un duro golpe.

Aquella mañana se disponía a realizar una visita. Quería averiguar si William McGuffy había llegado a Nueva York y, en caso afirmativo, entregarle una carta. Si no hubiese llegado, estaba decidida a acudir a la Policía. Acaso se tratara de algo importante. La carta se la había entregado McCrohom, unos días antes.

McCrohom no parecía nunca tener interés en presentar a Magda a sus amigos, pero en cambio la hablaba con mucha frecuencia de aquel McGuffy. Una tarde, Gordon se presentó en casa de Magda. Nunca había estado allí, y la muchacha se sorprendió al verle. Él la dijo, en su tono jovial de siempre:

—Oye, pequeña: quiero que me hagas un favor.

—Tú dirás.

—Escucha: dentro de unos días, mi amigo William McGuffy vendrá a Nueva York. Si por una casualidad... yo hubiera tenido que ausentarme, deseo que le entregues esta carta. Guárdala bien.

Magda, sin dar importancia al asunto, guardó la carta. Fue después de conocer la muerte de McCrohom cuando recordó el tono tan extraño con que éste había pronunciado aquella frase: «Si por una casualidad... yo hubiera tenido que ausentarme».

Magda Robertson se sentía un tanto arrepentida de no haber hecho caso de las repetidas advertencias de Fred Stevens. Le conocía desde la infancia y había tenido siempre una estrecha amistad. Esta amistad, en Stevens, se convirtió con el tiempo en un sentimiento mucho más profundo, pero Magda nunca le alentó en sus pretensiones amorosas.

En varias ocasiones, Stevens había reprochado a Magda el exceso de libertad de su vida y sus relaciones con personas que, al agente del

F. B. I.,

le constaba no vivían dentro de la ley. Pero Magda se reía de él, asegurando que Fred era un obseso de su profesión y que veía delincuentes por todas partes.

Magda salió a la calle. Había un automóvil parado junto al

bordillo, dos casas más allá de la suya, del que descendieron Joe y Luigi, mientras Sidney Maloney permanecía al volante. Los dos primeros se acercaron a la muchacha, agarrándola cada uno por un brazo.

—Vas a venirte con nosotros, nena —advirtió Joe—, y cuidadito con chillar.

La joven quedó un momento suspensa, mas reaccionó rápidamente. Dio un paso atrás, tratando de desasirse de las poderosas manos que la sujetaban, a la vez que emitía un penetrante chillido.

—¡Calla, perra! —Una de las manazas de Joe se cerró en torno a la boca de la muchacha.

En aquel instante doblaba la esquina un coche conducido por Fred Stevens. A su lado, William McGuffy. Stevens abarcó la escena de una sola ojeada, y frenando bruscamente saltó a tierra. En su mano derecha había aparecido como por ensalmo una pistola de gran calibre. McGuffy comenzó a admirar la rapidez de acción del agente federal y se apeó a su vez, siguiéndole.

—¡Alto! ¡Alto o disparo! —ordenó con voz potente Stevens.

Los «gangsters» soltaron su presa. Sidney Maloney había visto por el espejo retrovisor la llegada del federal; pisó el embrague y puso la primera velocidad, gritando:

—¡Subid aprisa!

En el forcejeo con la muchacha, el bolso de ésta había quedado en poder de Luigi. El italiano lo conservaba sin darse cuenta siquiera. De un salto montó en el automóvil, al tiempo que Maloney soltaba bruscamente el embrague, pisando a fondo el acelerador. El coche arrancó con un rugido del motor.

Joe tuvo menos suerte. El primer disparo del agente federal perdióse en el vacío, pero al apretar por segunda vez el gatillo alcanzó de lleno al gigante, que se desplomó pesadamente.

Fred Stevens vació el cargador de la pistola, apuntando a los neumáticos del coche, pero sin lograr hacer blanco, y el vehículo se perdió de vista al doblar por la calle Houston.

Todo había sucedido en menos de dos minutos. Preocupado por la muchacha, Fred no pensó siquiera en seguir a los que huían. Él y McGuffy llegaron al mismo tiempo junto a Magda. La voz del agente era un poco dura al reprenderla:

—¿Estás viendo lo que te ocurre por no hacerme caso?

Sin embargo, al observar el demudado rostro de la muchacha, y su expresión de terror, suavizó el tono, preguntando:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, Fred; sólo ha sido el susto.

McGuffy, entre tanto, se había arrodillado junto al caído. Stevens se unió a él. Empezaba a formarse un corro de gente atraída por el ruido de los disparos. Un agente de la Policía se abrió paso entre los curiosos, inquirendo:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Stevens exhibió su placa y el guardia adoptó una actitud deferente. El gigantesco Joe aún respiraba, con una gran disnea, y conservaba los ojos abiertos. Pero sólo eran las ventanas de un alma que se escapaba. Había perdido el conocimiento y la vida se le fue rápidamente.

—Éste es uno de los que me secuestraron. Precisamente el que me golpeó tan brutalmente —aclaró McGuffy, con voz fría, mas sin rencor.

Stevens indicó al policía:

—Cuide de mantener un poco el orden aquí, mientras voy a telefonar —y cariñosamente cogió a Magda de un brazo—. Entremos en tu casa. Llamaré por teléfono y luego nos contarás lo ocurrido.

Hizo una seña a McGuffy para que se acercara y entraron los tres en el domicilio de la joven. Una vez en el «*hall*», Stevens hizo las presentaciones, dirigiéndose después al teléfono. Magda miró fijamente a William.

—Bien; así que usted es McGuffy, ¿eh? Precisamente iba en su busca cuando esos hombres intentaron raptarme.

—No se preocupe, señorita —repuso cariñosamente el escocés—. Ya pasó todo.

Cuando Stevens se les hubo reunido de nuevo, Magda relató lo ocurrido. El rostro del agente federal estaba crispado por la ira al exclamar:

—¡Esto se llama tener mala suerte! Se llevaron tu bolso con la carta de McCrohom. Por unos minutos...

Sidney Maloney conducía el coche a gran velocidad, a través de

las calles de Manhattan, llenas de tráfico a aquella hora de la mañana, en un verdadero alarde de maestría con el volante. Dirigía frecuentes miradas al espejo retrovisor, observando, algo extrañado, que no eran seguidos.

En el asiento trasero, el pequeño Luigi había encendido un cigarrillo y fumaba despacio, con la mirada perdida en las volutas de humo.

—Sidney.

—¿Qué hay, Luigi?

—Cambié de opinión. Acepto el trabajo de liquidar a ese Stevens «yo solo». El pobre Joe...

La voz de Luigi sonaba apagada por la emoción. Su compañero le miró por el espejo, con una cínica sonrisa.

—¿Es que te has vuelto sentimental, Luigi?

—No es eso precisamente. Los canallas como tú y como yo no nos podemos permitir ese lujo, pero si a alguien he apreciado de verdad en este mundo ha sido a Joe. Era como un perro fiel. ¡Juro que me las pagará ese maldito polizante! Pero haré el trabajo a mi manera; «yo solo» —y volvió a recalcar estas dos palabras—. Se lo dices al jefe de mi parte, y también que quiero veinte de los grandes por la faena. Diez para mí y diez para la mujer de Joe. Si le conviene, bien, y si no, que se lo encargue a otro. De todos modos, éste será mi último trabajo para él. No me gustan los tipos que no dan la cara. ¡Ojalá que el balazo que ha recibido Joe le hubiera dado al «boss» en mitad de los sesos!

—¡Cuidado, Luigi! ¡Cierra la boca!

—Te advierto que me tiene sin cuidado que se lo digas. Que pruebe a ver si puede conmigo... o que te mande probar a ti. ¿Crees que yo soy tan infeliz como McCrohom?

La mano del italiano estaba muy cerca de la funda sobaquera donde guardaba la pistola, y Sidney Maloney tenía que atender al volante. Éste dijo sonriendo:

—No te excites, Luigi. Ya hablaremos.

Habían llegado, descendiendo por Park Row, a Fulton Street, y en esta última calle, convencido de que nadie los seguía, Maloney frenó. El coche lo había robado dos horas antes y se disponían a abandonarlo. Sidney se apeó el primero. Al abrir Luigi la portezuela de atrás para bajarse, un bolso de señora cayó al suelo.

—¿Qué es eso?

—El bolso de aquella fulana. En el forcejeo me quedé con él, no sé cómo.

—Trae, a ver.

Maloney registró el bolsillo. En sus ojos brillaba una expresión de astucia cuando sacó un sobre, que rasgó, pasando rápidamente la vista por su contenido. El italiano le miraba con recelo, que aumentó al observar que Maloney guardaba la carta en un bolsillo.

—¿Qué te has guardado?

—Nada importante, Luigi. Oye, hagamos un trato. Yo consigo del «boss» los veinte grandes, más otros diez que añado por mi cuenta, por el trabajo de liquidar al federal. Una vez que lo hayas hecho te largas de este Estado y en paz. A cambio de ello, si por una casualidad, que no es de esperar, el «boss» se pone en contacto contigo directamente y te habla de la faena de hace un rato, tú te limitas a contarle nuestro fracaso, pero sin aludir para nada a este bolsillo.

El italiano estuvo unos momentos meditando la respuesta.

—Está bien, Maloney —repuso finalmente—. Allá vosotros con vuestros asuntos. Sólo quiero advertirte una cosa: que no trates de hacerme una trastada. Conmigo no se juega, ¿eh? No lo olvides.

—Descuida, hombre. Jugaré limpio. Ahora vamos a separarnos. Aunque no nos han seguido, no es conveniente que nos vean juntos. Nos veremos seguramente mañana.

Los dos sujetos echaron a andar cada uno por un lado. Sidney Maloney sonreía con expresión de triunfo. Él también jugaba con sus propias cartas.



COLOSAL EXTRAORDINARIO

DEL

F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

¡La organización y los métodos del F. B. I., al desnudo!

Una novela de 224 páginas, con láminas interiores, portada exquisita,
al precio ínfimo de OCHO PESETAS, escrita por

ALF MANZ

¡LO MEJOR PUBLICADO HASTA HOY!

VI



OLLY Colbert era una niñita de once años, enfermiza y pálida, que vivía en un piso miserable del barrio de Harlem, en la misma casa que años atrás habitara William McGuffy con su amigo McCrohom. Molly había ido a vivir a aquella casa precisamente por los días en que McGuffy abandonara Nueva York.

Molly vivía sola con su madre, la cual se ganaba la vida trabajando como asistenta. La mujer pasaba el día entero fuera de casa, regresando solamente a las horas de comer y por las noches, ya tarde, cansada y con un mísero jornal.

Pero desde que vivían en aquella casa, las cosas habían ido algo mejor para ellas, porque Gordon McCrohom, impresionado por aquella carita escuálida y aquellos ojos negros, circundados siempre por terribles ojeras, hizo amistad con la chiquilla y constantemente

la regalaba juguetes y dulces, y en más de una ocasión había resuelto, generosamente las angustias económicas de la señora Colbert.

Cuando McCrohom cambió de domicilio, la pobre Molly, siempre encerrada entre aquellas cuatro paredes, se quedó muy triste. Aunque de tarde en tarde, McCrohom siguió visitándolas y alegrando con sus regalos la vida sombría de la pequeña.

La señora Colbert miraba a aquel hombre como a un dios. Había pasado tantas penalidades desde que quedara viuda, para sacar adelante aquella niña, había sufrido tantos engaños y soportado tantos malos tratos, que no acababa de comprender que en el mundo hubiera personas tan generosas y desinteresadas.

Un día McCrohom se presentó en la casa acompañado de un señor con lentes, de agradable aspecto, que cariñosamente sometió a Molly a un concienzudo reconocimiento.

—No es un caso perdido —afirmó, cuando hubo concluido—; aire sano, buena alimentación, reposo, y podrá curar.

El doctor se despidió y se fue. Madre e hija miraban a McCrohom con ojos interrogantes.

—Ya lo ha oído usted, señora Colbert. Vamos a curar a Molly. Me ocuparé enseguida de encontrar una casita en el campo donde pueda usted ir con ella a pasar una larga temporada.

La señora Colbert le miraba con ojos anegados en lágrimas.

—Pero, señor McCrohom, yo no puedo...

—Sí que puede usted. No tendrá que trabajar ni ocuparse de nada. Todo corre de mi cuenta. Y no me venga con monsergas de agradecimiento ni esas zarandajas. Acepte usted mi ofrecimiento. Al fin y al cabo, algo bueno tenía yo que hacer en mi vida. Y ahora, señora Colbert, ¿querrá usted hacerme un señalado favor?

A la pobre mujer se le alegraron los ojos.

—¿Hacerle un favor a usted? Pues ya lo creo. Lo que mande.

McCrohom extrajo del bolsillo un abultado sobre que entregó a la señora Colbert.

—Simplemente, que me guarde usted esto. Aquí no lo buscarán. De todos modos, no lo entregue nunca a nadie, a no ser a mí o a mi amigo William McGuffy. ¿Recordará usted ese nombre?

—Sí, señor; descuide que lo recordaré. Y no pase cuidado. Lo guardaré bien y no lo entregaré más que a usted o a ese amigo que

ha dicho.

La señora Colbert no entendía una palabra de todo aquello, pero estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por complacer a su bienhechor.

—Bien, nada más. En cuanto tenga arreglado lo de la casita vendré a buscarlas. ¡Ah! Por si acaso...

McCrohóm sacó una fotografía. Era el rostro de un joven de agradables facciones.

—Guarde también esto. Éste es McGuffy. Así podrá reconocerlo si viene. Y ahora, adiós. Cuide de Molly.

McCrohóm salió de la estancia. La señora Colbert mostró la fotografía a su hija.

—Éste es el amigo del señor McCrohóm. Fíjate bien en él.

—Sí, mamá. Si viene le reconoceré en seguida.

La señora Colbert envolvió cuidadosamente la fotografía y el sobre en un papel de seda, que ató con un bramante, fue a un armario y depositó el paquete en el fondo de un cajón, entre las ropas que allí guardaba.

Pocos días después, la señora Colbert leía horrorizada en un periódico la noticia del asesinato de Gordon McCrohóm, jefe de una cuadrilla de «gangsters», muerto de un tiro por la espalda en su propio domicilio.

La señora Colbert lloró amargamente durante largo rato. Decidió, por el momento, ocultar la noticia a su hija. Estaba tan delicada... Se acabó la casita en el campo, los cuidados a Molly, la posibilidad de curarla. Todo se había derrumbado como un bonito castillo de naipes.

La señora Colbert pensó si no sería conveniente dar cuenta a la Policía del sobre que guardaba por encargo de McCrohóm. Pero decidió esperar hasta ver si se presentaba a recogerlo aquel McGuffy. Además, los periódicos no decían más que mentiras. Ella no creía que el señor McCrohóm fuera un peligroso «gangster», como afirmaban los diarios. No era posible. Guardó su pena y su desesperación y esperó.

Aquel día, Molly Colbert oyó que llamaban a la puerta. Su rostro se animó pensando si sería el señor McCrohóm que venía por fin a buscarla para llevarla a aquella casita en el campo. Hacía tantos días que le estaban esperando... Su débil vocecilla gritó desde la

alcoba:

—Pase quien sea.

Sidney Malone entró en la habitación de la enferma. Los ojos de la pequeña le miraron con recelo.

—¿Qué quiere usted?

Sidney Maloney se aproximó, sentándose en la cama junto a Molly.

—Escucha, guapa. No tengas miedo. No voy a hacerte ningún daño. ¿Dónde guarda tu mamá un sobre que la entregó el señor McCrohom? Yo soy su amigo, ¿sabes? Tienes que entregarme ese sobre.

El asesino hablaba con voz persuasiva, tratando de dar a sus palabras una entonación cariñosa. Mas no consiguió borrar de los profundos ojos de la niña la expresión instintiva de desconfianza con que le observaba desde que entrara en el cuarto. La pequeña repuso mientras se echaba hacia atrás en la cama con desasosiego:

—Usted miente. Usted no es el señor McGuffy. Yo he visto su retrato. Usted tiene cara de malo. Váyase.

Sidney Maloney no era hombre de mucha paciencia. Largó dos bofetadas a la infeliz criatura, que comenzó a llorar acongojada. Maloney registró nerviosamente la casa. Usaba guantes. Se puso a descerrarar cajones, abrió una cómoda y rompió un armario, no tardando en encontrar lo que buscaba.

Se disponía a salir cuando percibió el ruido de la puerta de la calle al abrirse, y momentos después la señora Colbert entraba en el cuarto y se quedaba parada, indecisa, mirando al intruso.

—¿Quién es usted?

—Mamá, mamá —gritó la niña entre sollozos—, es un hombre malo. Me ha pegado y se lleva el sobre del señor McCrohom.

—Calla, mocosa —apremió Maloney, en tanto desenfundaba velozmente la pistola—; y usted, señora, apártese.

—No me apartaré. Devuélvame lo que me ha quitado o gritaré pidiendo socorro —la expresión asustada de la señora Colbert desmentía la firmeza de sus palabras.

—¡Fuera de ahí! —rugió descompuesto Maloney, mientras su dedo índice se curvaba nerviosamente sobre el gatillo de la «Luger».

El asesino abandonó la casa de las Colbert y luego de haber dado un largo rodeo y cambiado dos veces de «taxi», dirigió sus pasos a

una sucia taberna de las cercanías del puerto, en la calle Vestrey, que ostentaba el pomposo nombre de La Sirena de Fuego.

Maloney hizo una seña al dueño del establecimiento, que se le acercó presuroso.

—¿Qué hay, Sidney?

—¿Tienes algún reservado libre?

—Sí.

—Que me sirvan allí la comida. Probablemente no saldré en toda la tarde. ¿Puedo pasar también la noche aquí?

—Bueno. ¿Es que te siguen?

—No. Pero he de tomar precauciones unos días. Te pagaré con creces...

—Está bien.

Maloney subió a uno de los reservados. Mientras le traían la comida sacó el sobre que robara en casa de la señora Colbert, leyendo detenidamente su contenido. Una feroz expresión de triunfo iba apareciendo en sus pupilas a medida que leía.

Sonaron unos golpes a la puerta. Guardó los papeles y fue a abrir; un camarero entró en la habitación y Maloney encargó el menú, no muy selecto, pues en aquella tabernucha no se podía exigir una gran cocina, pero sí abundante. Comió con apetito, y cuando hubo concluido se hizo traer por el camarero una guía telefónica. Consultando ésta, anotó en una agenda de bolsillo un nombre y una dirección.

Durante toda la tarde el asesino no salió del reservado de La Sirena de Fuego, permaneciendo tumbado en un diván, fumando cigarrillos y bebiendo de cuando en cuando un vaso de «*whisky*».

Daba la impresión de carecer de nervios y de que el tiempo, en su lento transcurrir, no contaba para él. Las horas fueron pasando pesadamente sin que nada viniera a interrumpir la soledad del «gangster», que cenó con igual apetito que había comido, echándose a dormir después tranquilamente.

Al día siguiente se levantó a media mañana, afeitándose cuidadosamente, y luego de vestirse y comprobar el perfecto funcionamiento de la pistola, abandonó el sórdido refugio.

En un «taxi» se hizo conducir a la calle Noventa y Seis, dando orden de parar poco antes de llegar a Riverside Drive.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al

precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VII



TEVENS y McGuffy
habían pasado un largo rato en el domicilio de Magda Robertson
conversando con la muchacha.

—Cuídate, Magda —dijo Fred cuando se levantaban para marcharse—. No creo que esos canallas vuelvan a intentar nada contra ti, pero no podemos estar seguros. Pondré un hombre a protegerte y, aunque sólo sea por esta vez, procura hacerme caso. No salgas por ahora a la calle, no recibas visitas extrañas, no acudas a ninguna cita que te den por teléfono. Luchamos contra hombres que no se detienen ante nada y no sabemos si estarán todavía en la idea de que tú sabes algo referente a McCrohóm que les interese averiguar.

—Descuida, Fred. Haré lo que me dices. Y en cuanto a ti... no

vayas a ponerte en el camino de una bala. Te echaría de menos. Adiós, señor McGuffy. He tenido un verdadero placer en conocerle.

—Lo mismo digo, señorita.

Los dos hombres salieron a la calle y subieron al automóvil del federal.

—Bien, Stevens. ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a Centre Street. He de ver al jefe.

El inspector jefe del

F. B. I.

en Nueva York era un hombre de más de cincuenta años, grueso, pero musculoso, que parecía irradiar de todo su cuerpo voluntad y fortaleza. Recibió a Stevens con semblante preocupado.

—Hola, Stevens. ¿Qué hay de nuevo?

—Buenos días, señor. Le presento a William McGuffy.

El inspector jefe arqueó las cejas, mirando al escocés con gesto hosco.

—Tanto gusto. Siéntense.

Stevens hizo una detallada exposición de los últimos acontecimientos. Al terminar, la mirada que el inspector jefe dirigió a McGuffy había perdido hostilidad.

—Me parece que me equivoqué con usted. En realidad he sospechado de todo aquel que haya tenido que ver con McCrohom. Lo siento.

—No tiene importancia, señor.

El inspector alargó una caja repleta de cigarrillos a los dos hombres que se sentaban frente a él, prosiguiendo:

—Hay que acabar con este asunto cuanto antes, Stevens. ¿Se da usted cuenta de lo que significaría que tuvieran que mandar agentes de Washington para solucionar lo que sólo a nosotros compete?

—Tendríamos que dimitir, señor.

—Bonita solución —repuso el inspector, con cierta ironía—. Eso se dice muy bien cuando se tienen veintinueve años y una fortuna propia y se carece por completo de familia. Por lo visto a usted debe darle lo mismo seguir en el

F. B. I.

que dedicarse a vivir de las rentas.

Y al observar la crispación del rostro de Fred Stevens y el gesto duro que apareció en sus ojos, el inspector, sin darle tiempo para

replicar, continuó:

—Escúcheme bien, Fred. Yo he sido policía toda mi vida; he dedicado mis mejores años a perseguir delincuentes, me he jugado la vida muchas veces; primero en la Metropolitana, después en el F. B. I.

Si he llegado a ocupar el cargo que ahora ocupo ha sido a costa de muchas fatigas, de muchos sinsabores, de algún balazo que otro. Mi existencia ha sido una constante dedicación al servicio que, para nosotros, ha de ser siempre lo primero.

Nuevamente, Fred Stevens hizo un gesto de protesta, queriendo hablar, pero el inspector le detuvo con un ademán, prosiguiendo:

—Para mí, el honor del

F. B. I.

está por encima de todo. No podemos fracasar. El Gobierno y la opinión pública están acostumbrados a que nuestra organización actúe siempre con éxito. Nosotros no debemos dar nunca por terminado un caso hasta que los culpables comparecen ante el Tribunal que ha de juzgarlos. No hay que hablar de dimitir ni siquiera pensar en la posibilidad de hacerlo. Lo que hace falta es triunfar sin necesidad de que venga nadie a enmendarnos la plana. A un agente del

F. B. I.,

Stevens —terminó, dando un puñetazo sobre la mesa—, sólo la muerte puede detenerle en su camino.

Fred Stevens miró serenamente a su jefe. Apreciaba de veras a aquel hombre de tosca apariencia y fondo cariñoso, pero en aquel momento su voz tenía un claro tono de resentimiento al responder:

—Escúcheme usted a mí ahora. Cuando ingresé en el

F. B. I.

prometí fidelidad a una bandera y juré defender un lema. Esto no tiene nada que ver con mi juventud, con mi fortuna ni con mi falta de familia. Nadie con más motivos que usted para juzgar mi actuación desde que estoy a sus órdenes. Yo he sido fiel a aquel juramento siendo rico, como lo hubiera sido siendo pobre. Y usted lo sabe. Por eso no puede tomar en serio lo que dije sobre presentar la dimisión. Fue... un decir.

—Lo sé, Fred —interrumpió el inspector—; le conozco bien. Tampoco debe usted tomar mis palabras como una alusión personal.

Nunca he dudado de usted y precisamente por eso le confié este caso. Si estuve un poco duro, discúlpeme.

La mirada del agente se había dulcificado y el tono de su voz era muy otro al proseguir:

—No se preocupe, jefe. Otras veces nos hemos visto en aprietos muy graves y siempre salimos adelante. También ahora venceremos. Antes de que termine ese plazo de quince días que le han concedido, habré resuelto el asunto y le traeré a los culpables vivos o muertos. Se lo prometo.

—Así lo espero, Fred. Nada me queda por decirle. Trabaje como mejor le acomode, disponga de los hombres que necesite y... adelante.

—¿Puede proporcionar un arma al señor McGuffy? Tal vez la necesite.

—Sí, puedo.

El inspector dio las órdenes oportunas por el teléfono interior. Mientras esperaban sonó el timbre de otro teléfono. Cogiendo el auricular el inspector estuvo escuchando durante un rato. De cuando en cuando contestaba con monosílabos.

—Acaban de asesinar a una mujer —manifestó a Stevens y McGuffy cuando hubo concluido de hablar—. Hay una niña enloquecida que repite con frecuencia el nombre de McCrohom. No sé si tendrá algo que ver con el caso. Quizá deberían ir allí.

—¿Dónde fue, señor?

—En Harlem. Calle Ciento Veinticinco, número seiscientos dos. McGuffy saltó en la silla.

—En esa misma casa hemos vivido McCrohom y yo muchos años.

Fred se puso en pie.

—Vamos allá.

Cuando se disponían a salir, entraba un agente con una «German Luger» y una licencia extendida a nombre de William McGuffy.

—Aquí tiene —manifestó el inspector—. Considérese como una especie de agregado al

F. B. I.

Mucha suerte, muchachos, y... cuídense.

Salieron a la calle. Fred Stevens iba preocupado. Por primera vez en su vida acababa de hacer una promesa que no sabía si podría

cumplir.

En la casa de 125 Street reinaba un tumulto espantoso entre los vecinos, todos ellos gentes pobres, obreros, limpiabotas, vendedores ambulantes. Nadie recordaba haber oído el disparo ni nadie había visto al asesino.

¿Por qué habían matado a la pobre señora Colbert? Una mujer tan buena, sin más preocupación que la de atender a su hija, trabajando constantemente. Y ahora, la pobre Molly, sola, desamparada. ¿Qué iba a ser de ella?

Oyendo los indignados comentarios, William pensaba que si el asesino de la señora Colbert llega a ser sorprendido por aquella gente, a buen seguro que no hubieran dado lugar a llevarle a la silla eléctrica.

El capitán Dexter, de la Policía, saludó a Stevens. Eran viejos amigos.

—Hola, chico. El crimen más repugnante que he visto en mi vida. ¡Si pudiera coger al asesino entre mis manos! —Y el gesto del capitán, que medía cerca de seis pies de estatura, era bien expresivo —. Telefoneé al

F. B. I.

porque la chiquilla ha nombrado varias veces a McCrohom y sé que ese caso está en vuestras manos. De todos modos no creo que puedas interrogarla ahora.

El cuadro que contemplaron al entrar en el piso era como para helar la sangre en las venas.

La señora Colbert yacía en la cama, con la cara invadida ya de la amarillenta palidez propia de los muertos. Unas vecinas piadosas se habían ocupado de anudarla un pañuelo por debajo de la mandíbula para evitar que conservara abierta la boca.

La pequeña Molly sollozaba desesperadamente. Los esfuerzos de los agentes de la Policía para apartarla del cadáver eran inútiles. Al cabo de un rato, casi a viva fuerza, lograron separarla de su madre. Al volverse, la niña fijó de pronto sus grandes ojos negros, anegados en lágrimas, en la cara de William McGuffy.

—¡Usted! —gimió—. ¡Usted! Usted tenía que haber venido a buscar aquel sobre. Por culpa de ese papel han matado a mi madre. ¡Mamá! ¡Mamá! —El tono de la niña era desgarrador.

McGuffy sintió un nudo en la garganta y sus puños se crisparon

con rabia. Fred Stevens, algo más acostumbrado a convivir con la tragedia, se mantenía sereno. Sin embargo, sus ojos brillaban intensamente, con una expresión terrible.

La niña cesó de pronto en sus gritos, ocultando el rostro entre las manos. Stevens, acercándose a ella, la pasó cariñosamente una mano alrededor de los hombros.

—Vamos, vamos, nenita. Tienes que ser fuerte. Hazte cargo de que nadie puede devolver ya la vida a tu mamá. Nosotros no queremos molestarte. Pero hemos de coger al asesino, ¿lo entiendes?, y tú debes ayudarnos en lo que puedas.

La pequeña levantó la mirada. Fred Stevens recordaría toda su vida la infinita expresión de pena de aquellos ojos oscuros, grandes, ojerosos...

—¿Le cogerá, señor?

—No lo dudes, pequeña. Le cogeré.

—Y le castigarán, ¿verdad?

—Desde luego.

Lograron sentarla en un sofá, en una habitación contigua a la que albergaba el cadáver, y una vecina trajo una taza de té. Mas aún transcurrió un buen rato hasta que la niña pudo hacer un relato medio coherente de lo que sabía, empezando con el día en que Gordon McCrohom diera a guardar a su madre aquel sobre.

—Dinos, pequeña. ¿Cómo era el hombre?

—Rubio, señor. Muy delgado. Tenía cara de malo. Al principio de entrar, mientras me hablaba, no hacía más que frotarse las uñas. Así —y Molly Colbert imitó bastante bien el gesto característico de Sidney Maloney.

—Es suficiente, Stevens —intervino McGuffy—, es el mismo que quiso acabar conmigo.

—¡Ha sido por ese papel! ¿Dónde está el señor McCrohom?

La pequeña Molly arreciaba de nuevo en sus sollozos y en sus gritos. McGuffy extrajo unos billetes de la cartera e hizo una seña a la vecina que atendía a la infeliz criatura.

—Tenga, señora. Cuide de la niña, y que la madre tenga un buen entierro. Pienso ocuparme de esta pequeña. No quedará desamparada.

Stevens y él salieron a la calle, deseando respirar aire puro; los rostros de ambos jóvenes mostraban una expresión sombría.

McGuffy, a quien todavía molestaba bastante la herida, y un poco débil aún por la pérdida de sangre, había estado a punto de marearse a la vista del cadáver y de aquella desgarradora escena.

Subieron al coche del federal, quien condujo lentamente en dirección a un restaurante cercano.

—Parece que en este endemoniado asunto las pistas aparecen y desaparecen simultáneamente. Pero ¡por Dios!, que tengo que cogerlos. Esa criatura... En fin, hay que comer y creo que ya va siendo hora.

Los pensamientos de McGuffy vagaban del cadáver de McCrohom a la carita pálida de la huérfana. No podía apartarlos de su imaginación. Tras aquellos años tranquilos pasados en la Universidad, habíase enfrentado bruscamente con una serie de hechos espantosos, para afrontar los cuales no estaba preparado. La reacción que se iniciara en su espíritu, a raíz de su captura por los tres criminales, se acentuaba por momentos. En su fuero interno, William McGuffy había tomado ya una determinación.

Comieron en un restaurante de 145 Street; ninguno de los dos pronunciaba palabra, impresionados por el repugnante asesinato de la señora Colbert. Terminada la comida, mientras tomaban el café y encendían el primer cigarrillo, McGuffy salió de su mutismo.

—Oiga, Fred.

—¿Qué?

—Nada. Estaba pensando en aquella chica —dijo sin poder disimular su emoción.

—Yo también —aseguró Stevens—. A lo largo de mi carrera he visto muchos crímenes repugnantes, pero como este...

—Hubo un tiempo —continuó McGuffy en tono melancólico— en que soñaba con ser un gran abogado y conseguir siempre la absolución de mis clientes. Ahora...

—¿Qué, William?

—Dígame: ¿qué debo hacer para ingresar en el

F. B. I.?

—No le será difícil. Usted tiene condiciones.

—Nunca lo hubiera sospechado —afirmó McGuffy con una sonrisa.

Abandonaron el restaurante. Stevens se encontraba perplejo y meditaba el camino a seguir en sus investigaciones. Decidió volver a

la oficina para esperar el informe de los peritos en balística y repasar nuevamente los antecedentes del caso.

—¿Me acompaña, McGuffy?

—No. Quisiera charlar un rato con la señorita Robertson. Iré a buscarle cuando haya terminado su trabajo.

Magda Robertson recibió con agrado a McGuffy, haciéndole pasar a una comfortable salita en la que tomaron asiento.

—¿Algo nuevo?

—Algo, mas no alentador, precisamente.

El joven relató a Magda el salvaje asesinato de la señora Colbert. La muchacha le miraba con espantados ojos.

—¿Será posible tanta crueldad? ¿Por qué asesinaron a esa pobre mujer?

—Pues está bien claro, señorita. Deduzco que el sobre que McCrohom entregó a la señora Colbert contenía la declaración de Smith. Gordon debía tener razones para pensar que allí no podían encontrarlo. Posteriormente debió sentirse en peligro y entregó a usted aquella carta, en la que, sin duda, me explicaba todo. Ignoro con qué fin me hacía depositario de esto, aunque imagino que sería para que yo lo entregara a la Policía si a él le ocurría algo. ¿Un cigarrillo?

Magda aceptó y ambos encendieron.

—Pero a usted —continuó William— al intentar raptarla la roban el bolsillo con la carta dirigida a mí y se enteran de su contenido. Como ve, no han perdido el tiempo. Dos horas después del frustrado intento de secuestro contra usted, asesinan a la señora Colbert y el sobre que ésta guardaba desaparece. La buena mujer trató de detener al que la robaba y el muy canalla la quitó de en medio.

—Efectivamente, parece la explicación más lógica.

—Cambiemos de conversación. Todo esto debe ser muy desagradable para usted.

—Sí que lo es. ¿Por qué no me cuenta algo de usted mismo?

McGuffy refirió en pocas palabras la historia de su vida. Al terminar, había lágrimas en los ojos de Magda.

—Dispénsame. Comprendo que al hablarla de Gordon he debido renovar recuerdos dolorosos para usted. ¿Sería indiscreto preguntarla cuáles eran sus relaciones con mi amigo?

—Pues, no. No es indiscreto, viniendo la pregunta de usted, que debió ser el único amigo sincero que tuvo Gordon. Yo... creo que le amaba. Usted le conocía bien, y sabe cómo era. Atrayente, simpático, dueño de sí. A su lado sólo se veía la parte optimista de la vida. Le conocí como propietario de *El Cisne Rojo*, que yo frecuentaba. Pero nuestras relaciones tomaron otros derroteros.

—¿Y nunca sospechó su verdadera personalidad?

—Nunca. Ahora comprendo que él procuraba alejarme de su ambiente. Salíamos con frecuencia, paseábamos juntos, íbamos al cine, al teatro, a algún «*night-club*», en fin, lo que podríamos llamar un idilio romántico. De usted era del único de quien me hablaba con frecuencia, siempre con gran cariño, como hubiera podido hablar un padre de su hijo. Tenía un gran concepto de su talento, aunque... —Magda Robertson dudó un momento—, ¿no le importará que se lo diga? Siempre decía que era usted muy apocado.

—Y tenía razón. Pero creo que en unas horas he dejado de serlo... a la fuerza. Todo ha cambiado bruscamente a mi alrededor. Empiezo a dudar de mis propias convicciones. Hasta hace unos días no me creí capaz de hacer daño a una mosca. Ahora... ¡si tuviera delante a los que mataron a Gordon y a esa pobre mujer!

—En fin, señor McGuffy; la vida juega estas malas pasadas. A pesar de todo, creo que si hubiera sabido que Gordon era un «gangster» le hubiera amado igual. El amor no admite medias tintas. Al menos yo así lo concibo. Se ama... porque sí.

—Así debe ser —murmuró McGuffy contemplando con mirada melancólica el bello rostro de la muchacha—. Debo dejarla, señorita. Stevens me espera. ¿Volveremos a vernos?

—Cuando guste.

William se despidió y salió a la calle para ir en busca de Fred Stevens. Durante el trayecto a Centre Street el recuerdo de Gordon McCrohom y de la pequeña Molly tornó a apoderarse de su mente, como una obsesión que nunca podría borrar. Encontró a Fred Stevens en su despacho examinando un montón de papeles.

—Siéntese, McGuffy. ¿Conoce a éste?

El federal tendió a William una ficha de cartulina en cuya parte superior había una fotografía. McGuffy reconoció a Luigi. Un Luigi algo más joven, porque la fotografía debía ser antigua, con el pelo

aún no blanco, pero era él.

—Sí que le conozco. Es uno de los que me secuestraron. El mismo que consiguió escapar esta mañana cuando el intento de rapto de la señorita Robertson. ¿Cómo lo consiguieron?

—No es difícil. Otro día le mostraré cómo trabajan nuestros laboratorios. Con la descripción que usted nos dio y lo que yo pude apreciar del sujeto cuando huía esta mañana, lo conseguimos pronto.

—Pues es trabajar deprisa.

—Tenemos una máquina que selecciona maravillosamente, en pocos minutos, las fichas, apartando aquellas que no tienen ninguna de las características de la que buscamos. Ya la verá usted. En la ficha tiene todos los detalles del individuo. Luigi Anselmi, siciliano, dos condenas por robo, etc., etc.

—¿Y del rubio?

—No hemos encontrado nada.

—Pues creo que es una de las piezas fundamentales.

—Y tanto. Fíjese. Aquí tengo el informe de los peritos en balística. La bala que mató a McCrohom y la que se ha encontrado en el cuerpo de la señora Colbert han sido disparadas con la misma pistola. Una «German Luger». Por lo tanto, ya tenemos al asesino de su amigo. Es el rubio. Aquí está la pistola de Joe, el que maté esta mañana, y la bala que le extrajeron a usted del hombro. No corresponde a dicha arma. Luego fue el italiano el que le disparó a usted, puesto que sólo ellos dos le perseguían.

—Bueno, eso tiene menos importancia. De todos modos algo se ha adelantado.

—Y más que adelantaremos, no lo dude. A estas horas todos los policías de Nueva York tienen una reproducción de la fotografía de Luigi Anselmi. No tardará en caer. Vámonos, McGuffy. Conocerá mi casa y puede pasar la noche en ella: Es preferible. Ya he avisado de que nos preparen cena y es muy tarde.

Fred Stevens vivía en un hotel propio, en la Segunda Avenida, rodeado de un pequeño y bien cuidado jardín. La noche era estrellada y el jardín se veía con cierta claridad a la luz pálida de la luna. Franquearon la verja.

McGuffy vio, de pronto, brillar un objeto entre las sombras. En esta ocasión el escocés sí supo reaccionar a tiempo. Propinó a

Stevens un tremendo empujón que le hizo rodar por tierra y él mismo se arrojó al suelo.

Oyeron un sonido parecido al descorchar de una botella y una bala pasó silbando sobre sus cabezas. Alguien disparaba con silenciador. Empuñando la «German Luger», McGuffy apuntó cuidadosamente al lugar donde viera el fogonazo, e hizo fuego. Silencio.

Los dos hombres cambiaron rápidamente de posición. Segundos después una segunda bala silba en el aire pasando muy cerca del lugar donde se encontraban un momento antes.

Fred Stevens extrajo del bolsillo su pitillera, lanzándola con fuerza sobre un macizo a más de cuatro yardas de distancia. Un tercer fogonazo brilló en las sombras y otra bala fue a enterrarse muy cerca del sitio donde cayera la petaca del agente.

Guiándose por el tercer disparo, McGuffy apretó el gatillo por segunda vez. Oyeron un quejido y el ruido de un cuerpo al caer. Stevens susurró:

—No se mueva Puede ser un ardid.

Arrastrándose como serpientes, pistola en mano, buscaron la protección de uno de los gruesos árboles que bordeaban la pequeña avenida que llevaba a la casa. La puerta de ésta se abrió y un criado de uniforme, atraído, sin duda, por el ruido de los disparos de McGuffy, apareció en el umbral después de haber encendido la luz del porche, gritando:

—¿Quién anda ahí?

—¡Aparta, James! —gritó Stevens—. Pueden dispararte.

El criado retrocedió de un salto al interior de la casa, pero nadie disparó. Silencio. McGuffy y Stevens esperaron todavía un rato. Silencio. Encendiendo una linterna eléctrica de bolsillo el federal se puso en pie y avanzó cautelosamente seguido por McGuffy.

El haz luminoso de la linterna se paseó por el jardín. El tirador nocturno estaba caído, de bruces sobre el mismo seto desde el que hiciera los disparos. Conservaba la pistola en la mano. Volvieron el cuerpo y la luz de la luna que se filtraba entre los árboles iluminó tibiamente, con un suave color ambarino, el rostro de Luigi Anselmi. Estaba muerto.

—¡Caramba, McGuffy! ¿Dónde aprendió a disparar?

—En ninguna parte. Apenas si he tirado al blanco media docena

de veces.

—Pues ha sido un tiro de suerte. Le atravesó el pecho.

—Demasiada suerte, Fred. Otro que no hablará.

Los dos jóvenes cenaron en el domicilio del agente federal, cuando el cadáver del italiano fue retirado, y el escocés pudo admirar el lujo y el «confort» de la residencia de Stevens y degustar una selecta cena servida por un silencioso mayordomo.

De sobremesa, mientras saboreaban el café y una copa de coñac en un pequeño salón anejo al comedor, McGuffy no pudo por menos de formular una pregunta que tenía en la punta de la lengua desde que entrara en aquella suntuosa mansión.

—Oiga, Fred, si no le molesta decírmelo, ¿cómo le dio por ingresar en el

F. B. I.

teniendo tanto dinero?

Una sonrisa nostálgica apareció en el rostro del agente.

—Le extraña, ¿verdad? Muchos me han hecho esa misma pregunta. Sin embargo, la respuesta es sencilla. Mi padre era banquero. No he conocido a mi madre, que murió al nacer yo. Me crié en este ambiente de lujo que usted puede observar. Fui creciendo siempre al lado del «viejo», que, con los años, llegó a ser para mí, más que un padre, un camarada.

McGuffy no hizo comentarios. La voz del agente del

F. B. I.,

ordinariamente enérgica y serena, sonaba un poco velada por la emoción del recuerdo. Prosiguió diciendo:

—Cuando terminé los primeros estudios, mi padre me planteó la cuestión de elegir una carrera. Él, naturalmente, quería que aprendiese finanzas para sustituirle, en su día, en la dirección del banco. Los números me han horrorizado siempre y así se lo dije claramente. Estaba acostumbrado a la vida al aire libre, al deporte, y la idea de encerrarme en un despacho ocho horas diarias no era de mi agrado. Tenía, en cambio, una gran afición a la Medicina. Aunque contrariado por mi determinación, mi padre no se opuso. No llegué a empezar la carrera.

—¿Cambió de opinión?

—No. Me pasó lo que a usted. Me hicieron cambiar. El banco de mi padre fue objeto de un atraco a mano armada. El viejo era un

hombre valiente y no se dejó intimidar. Le asesinaron cobardemente —concluyó Stevens, con voz ronca—. Entonces abandoné todos mis propósitos anteriores e ingresé en el

F. B. I.

Y no estoy arrepentido. Mientras existan bandidos y asesinos es preciso que haya también hombres que defiendan a la sociedad contra esa canalla. He encontrado una tarea que justifica mi existencia. Hago algo útil, ¿no le parece?

—Desde luego. Y siento haberle molestado con mi pregunta, haciéndole recordar cosas amargas.

—No me ha molestado. A veces es muy conveniente evocar los sufrimientos. Ayuda a no desanimarse cuando, como ahora, se encuentra uno ante un caso difícil.

Los dos hombres quedaron un largo rato silenciosos, sumidos cada uno en sus pensamientos. Se retiraron a descansar a medianoche.

McGuffy durmió con un sueño intranquilo. Le seguía molestando la herida y su mente se vio turbada por constantes pesadillas, en las que tan pronto veía la mirada cínica del rubio, clavada en él, mientras se frotaba las uñas contra la solapa, como el rostro sereno de Magda Robertson o el cadáver de su amigo Gordon con la sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, McGuffy se entretuvo hojeando los periódicos.

—¿Ha visto lo que dicen, Stevens? —interrogó William.

—No. Casi nunca me molesto en leer la prensa. Algunas veces, nos atacan cuando tardamos en resolver un caso; pero no hay que tomarlos en serio. Al final salimos victoriosos, y entonces vienen las alabanzas.

—Es que viene aquí el texto de un discurso que ha pronunciado Frank Stellman, segundo teniente de alcalde de Nueva York, con motivo de las próximas elecciones. Por lo visto aspira a la Alcaldía.

—Y ¿qué dice?

—Que es necesario acabar con tantos crímenes, que hay que limpiar la ciudad de malhechores, etcétera.

—Bueno; lo de siempre.

—Tiene párrafos muy duros. Escuche esto. Se está refiriendo al tráfico de drogas, y dice: «El alcalde de

Sing-Sing

ha sido muerto cruelmente por tres desconocidos, porque, al parecer, sabía algo referente a la organización que dirige, desde nuestra ciudad, el repugnante tráfico. Anteayer por la tarde, un conocido “gangster” llamado Gordon McCrohom, al que el

F. B. I.

seguía la pista hace mucho tiempo, sospechando que fuera el jefe de la criminal organización, fue asesinado en Nueva York. Le mataron impunemente, tal vez sus propios compañeros, para evitar que hablara. ¿Se ha detenido a los culpables de uno y otro asesinato? No. ¿Qué hace la Policía? ¿Qué resultados ha conseguido el

F. B. I.?».

—Total, nada —intervino Stevens—. El mismo Stellman rectificará su criterio en cuanto acabemos con esto. Además...

El cuerpo del agente federal se envaró de pronto y la tostada, que en aquel momento se llevaba a la boca, no terminó su camino.

—¡Deme ese periódico!

McGuffy, desconcertado, le tendió el diario y Stevens leyó detenidamente toda la reseña. Su rostro estaba lívido.

—Vámonos, William; tenemos algo que hacer.

McGuffy salió en pos de Stevens, asombrado de la súbita reacción del federal. Subieron al coche.

—¿Qué mosca le ha picado, Fred?

—Una deducción y una corazonada.

—¿Dónde vamos?

—A ver a Stellman. Le conozco algo. En una ocasión realicé un servicio para él. Creo que me recordará.

Marchando por la calle Cuarenta y Nueve, al sur de Central Park, desembocaron en Broadway Avenue, continuando por esta última hasta su confluencia con la calle Noventa y Seis. Siguiendo ésta, fueron a parar a Riverside Drive, la gran avenida que se extiende a orillas del Hudson. Stevens detuvo el automóvil junto al bordillo de la acera, al pie de una casa de señorial aspecto.

—Espéreme, McGuffy. Voy a ver si consigo hablar con nuestro segundo teniente de alcalde.

—¿Se puede saber qué diablos se le ha metido en la cabeza?

—Luego se lo diré.

Stevens se apeó, penetrando en el portal. McGuffy decidió

estirar un poco las piernas. La mañana era fresca, pero brillaba el sol en un cielo azul, despejado, sin una sola nube en el horizonte. Durante unos minutos, dio largos paseos por la acera. Por la tardanza de Stevens dedujo que el teniente de alcalde debía encontrarse en su casa. Ardía en deseos de saber cuál era la idea que se le había ocurrido a Stevens.

En uno de sus paseos llegó hasta la esquina de la calle Noventa y Seis. Vio detenerse un coche y apearse a un hombre, que pagó al conductor. El corazón de McGuffy latió apresuradamente. ¡Había reconocido al siniestro personaje rubio! Ocultándose de un salto tras la esquina, observó con cuidado.

Maloney se acercaba a Riverside Drive. El joven entró en el primer portal, escondiéndose. Sintió los pasos del asesino pasar de largo y se asomó a observar. Sidney, andando lentamente, se dirigía a la casa de Stellman. Se acercaba al portal. McGuffy le vio detenerse y mirar a todos lados con aire receloso. Después pudo contemplar cómo Maloney examinaba el automóvil de Stevens, inclinándose sobre el parabrisas, sin duda para leer la patente.

Acto seguido, el «gangster» volvió rápidamente sobre sus pasos. La mente de McGuffy trabajaba a toda velocidad. ¿Qué hacer? ¿Detener al rubio? No se entregaría sin lucha, y si moría él, William, el misterio seguiría sin resolverse. ¿Disparar sobre el criminal sin previo aviso y por la espalda? No era capaz de hacerlo. Además, interesaba capturarlo vivo para poder descubrir todos los hilos de la organización.

Maloney se acercaba de nuevo al portal en el que se escondía McGuffy, al mismo tiempo que una gruesa señora que llevaba un perrillo atado a una cadena. Cuando los pasos de Maloney se alejaron un poco, el escocés había tomado una decisión.

Abandonó el refugio del portal, dirigiendo una angustiada mirada a la casa de Stellman por si salía Stevens. Pero Stevens no salió.

Echándose el ala del sombrero sobre los ojos, William McGuffy siguió al asesino.

Maloney anduvo con paso rápido por la calle Noventa y Seis hasta su confluencia con Broadway, donde había una parada de «taxis». Montó en uno. McGuffy le seguía con todo género de precauciones, aunque no ignoraba las dificultades de su cometido.

Jamás había seguido a un hombre y, en cambio, su perseguido sí estaría acostumbrado a aquellas cosas. McGuffy subió a otro «taxi», diciendo al conductor:

—Hay diez dólares de propina si no pierde de vista aquel coche.

—«O. K.», patrón.

El «taxista» arrancó. Separados ambos vehículos por una distancia de cerca de 500 metros, descendieron por Broadway Avenue hasta el cruce con la Décima Avenida, y bajaron por esta última a la esquina de la calle Veintisiete, donde Maloney se apeó, continuando a pie; llamó al timbre de la puerta del Club, que fue abierta por Robert. A aquella hora no había nadie, a excepción de las mujeres de la limpieza. Maloney subió a su despacho, sentándose ante la mesa. Durante un largo rato estuvo fumando, pensativo. Marcó un número en el teléfono, mas no obtuvo respuesta.

Entre tanto, McGuffy esperaba en la esquina. Había visto al rubio entrar en el portal. La espera duró una media hora, transcurrida la cual, Sidney Maloney salió, sin mirar a ningún lado.

En su rostro brillaba una sonrisa mefistofélica, que William no pudo ver. El asesino dirigióse a un garaje cercano. McGuffy buscó con la vista un vehículo. El «taxi» que despediera continuaba parado junto al bordillo en espera de otro pasajero y McGuffy subió de nuevo, ante la sonrisa del conductor, que preguntaba:

—¿Continuamos la fiesta, amigo?

—Sí.

Un «Oldsmobile» de color azul salió del garaje, conducido por Maloney. El «taxi» se puso en marcha. El vehículo del criminal dio numerosas vueltas por Manhattan, a discreta velocidad, hasta llegar a la Primera Avenida, por la que se dirigió hacia el norte. Anduvieron durante más de media hora. Sidney Maloney dirigía frecuentes miradas al espejo retrovisor y sonreía, observando la persecución de que era objeto. Estaba jugando con el inexperto McGuffy como el gato con el ratón. Los dos automóviles, cruzando el río Harlem, penetraron en Bronx, torciendo por la calle Ciento Treinta y Siete Este. Maloney se apeó de su coche a la puerta de un restaurante, entrando en el establecimiento con paso tranquilo.

McGuffy no se atrevió a despedir al «taxi» y esperó pacientemente, fumando un cigarrillo tras otro. Había un bar

automático frente al restaurante donde entrara Maloney, y el escocés empezaba a sentir los efectos del hambre. Fue al bar y comió unos emparedados, acompañados de una botella de cerveza. Telefonó a Centre Street y después a casa de Fred Stevens, mas en ninguno de los dos sitios habían visto al agente del

F. B. I.

Volvió al coche, indicando al chofer que fuera a comer algo. Suponía que su perseguido estaría comiendo en el restaurante y tardaría en salir. Efectivamente, Maloney se hallaba en aquel momento sentado ante una mesa, encargando una succulenta comida. Le sobraba mucho tiempo.

A eso de las tres y media de la tarde, el asesino salió. Fingía perfectamente no haberse apercebido de la persecución. Dio la vuelta al coche, regresando de nuevo a Manhattan por el mismo itinerario utilizado a la ida, para volver al club de la calle Veintisiete.

McGuffy empezaba a recelar. No encontraba lógico que aquel individuo hiciera un recorrido de más de treinta kilómetros entre la ida y la vuelta, sólo para comer en un restaurante determinado, como no fuera con ánimo de despistar o por algún motivo que no se le alcanzaba. Siguió esperando.

Sidney Maloney, desde su despacho, hizo un par de llamadas telefónicas, pero tampoco esta vez le contestaron. Se puso en comunicación con La Sirena de Fuego.

—¡Hola, Jack! Habla Maloney. Llegaré ahí dentro de un rato. Un tipo me sigue. ¿Puedes preparar a tres o cuatro muchachos de confianza para que le reciban? No, no hay que matarle... por ahora. No, no es de la «bofia»; es solamente un pobre aficionado. De acuerdo.

Durante más de media hora esperó pacientemente. Al cabo de ese tiempo salió de nuevo a la calle y, montando en el coche, dirigióse a las cercanías del puerto, estacionando el vehículo dos calles antes de llegar a la Vestrey Street, donde estaba La Sirena de Fuego. Entró en el establecimiento, pasando rápidamente ante el dueño, al que hizo una seña con la cabeza, y subió al piso de arriba.

McGuffy comunicó al «taxista»:

—Tenga. No sé si le necesitaré más. Por si acaso, cóbrese.

Andando despacio, pasó ante la puerta de La Sirena de Fuego,

echando una disimulada mirada al interior. No vio a su perseguido. Comenzaba a sentirse intranquilo. Llevaba varias horas siguiendo a aquel sujeto sin adelantar nada. Fred Stevens estaría preguntándose qué había sido de él. Era necesario actuar.

La noche antes había matado a un hombre y, aunque al recordarlo notaba un extraño cosquilleo en la columna vertebral, no sentía remordimientos. Había visto tanta maldad en tan poco tiempo, que empezaba a considerar natural eliminar a aquella clase de tipos como si fueran alimañas.

Había estudiado bien su carrera de abogado y no ignoraba la ley. Todo criminal debe ser juzgado —se dijo a sí mismo—, pero ante aquellos asesinos, que mataban con la mayor sangre fría, comprendía que los agentes de la Ley no siempre podían andarse con contemplaciones.

El recuerdo de Molly Colbert acudió a su memoria. Una docena de criminales no valía la vida de un solo agente del F. B. I., como aquel Stevens, por ejemplo.

El aspecto de la tabernucha no era muy tranquilizador; pero quizá tenía alguna otra salida por la que el criminal podría escapar, mientras él, William, estaba allí, en la calle, como un imbécil. Esta idea le decidió.

Puso la pistola en el bolsillo de la gabardina, y el contacto del arma le infundió ánimos. Había demostrado tener buena puntería cuando de un solo disparo, hecho entre las sombras, acabó con Luigi. Aunque tal vez hubiera sido solamente suerte.

Estaba oscureciendo. En toda la calle no había más que un par de faroles de gas que alumbraban débilmente. La niebla característica del mes de noviembre empezaba a velar los edificios con su gasa gris, húmeda y penetrante. Avanzando con decisión, penetró en la taberna.

Un hombre gordo, con cara de cerdo, fregaba unos vasos detrás del mostrador con un paño que en otros tiempos fue blanco. Cuatro individuos de siniestro aspecto, sentados ante una mesa, jugaban a las cartas. No parecieron prestarle mucha atención.

Acercóse al mostrador, pidiendo un «*whisky*» que el hombre gordo le sirvió sin pronunciar palabra. Uno de los individuos que jugaban se había levantado, acercándose al mostrador. Era un

sujeto fornido, con gorra de marinero, vestido con un pantalón grasiento y un jersey de lana, de cuello alto. Al aproximarse a la barra empujó deliberadamente a McGuffy.

—Dispense —murmuró.

William, sin molestarse en replicar, continuó bebiendo el «*whisky*», y entonces, el individuo, agarrándole fuertemente por un hombro, le hizo dar media vuelta, quedando los dos frente a frente.

—He dicho que dispense. ¿Es usted sordo?

—Déjeme en paz —repuso McGuffy, pensando que el tipo estaba borracho.

—¿Habéis oído? —barbotó el marinero, dirigiéndose a sus tres compañeros de juego—. Dice que le deje en paz. ¿A mí? ¡A George Regan! Que le deje en paz...

—Sacúdele, George —habló uno de ellos.

En las Universidades norteamericanas se practican mucho los deportes. McGuffy se separó un par de yardas del borracho, abriendo las piernas y dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo.

El hombre fornido se abalanzó sobre él, moviendo los brazos como si fueran las aspas de un molino. William, esquivando fácilmente la acometida, largó un gancho de izquierda a la cara de su contrincante, que le hizo tambalearse. El hombre miró al escocés con ojos llameantes de ira, volviendo de nuevo a la carga. Esta vez consiguió colocar un puñetazo en el pecho del joven, que retrocedió por la fuerza del impacto.

—¡Duro con él, George! —masculló uno de sus compañeros de juego.

McGuffy decidió terminar rápidamente la pelea. No estaba dispuesto a que, mientras luchaba, se le escapara el rubio. Su enemigo era fuerte, mas desconocía totalmente las reglas del boxeo. McGuffy pegó brutalmente con la derecha en el estómago del sujeto, que se encogió, rugiendo. Un «uppercut» de izquierda en el mentón, y el individuo se desplomó con un gemido.

McGuffy se chupó pensativo los nudillos, mirando en torno suyo. Los otros tres individuos, que indudablemente no habían previsto un desenlace tan rápido, se echaron sobre él. La mente de William, trabajando a marchas forzadas, empezó a comprender que aquello era una encerrona. Quiso echar mano a la pistola, para mantener a raya a los tres bestias que se abalanzaban sobre él, pero ya era

tarde.

Todavía se defendió un buen rato; logró tumbar, de un potente directo en la nariz, a uno de sus atacantes. Aquello ya no era una lucha noble, ni mucho menos. Se utilizaban los pies y las rodillas, los mordiscos y los tirones de pelos. El escocés combatía como un tigre, pero forzosamente tenía que sucumbir ante el mayor número de sus enemigos.

Un momento quedó apoyado de espaldas contra el mostrador y unos brazos nervudos le sujetaron por detrás. El tabernero intervenía también en la lucha. Con los brazos inmóviles —aquel gordo debía tener una fuerza hercúlea—, McGuffy pateó desesperadamente. Los puñetazos llovían sobre su rostro, machacándole con furia, y las fuerzas empezaban a abandonarle.

Vio borrosamente cómo los dos individuos a quienes «noqueara» se habían recobrado y se disponían a intervenir nuevamente en la pelea. La cabeza de William se abatió sobre su propio pecho. Se sintió cogido por numerosas manos y transportado en volandas escaleras arriba. Luego fue arrojado brutalmente contra el suelo. Se incorporó jadeando.

Por segunda vez en el espacio de tres días, se encontraba en poder del repulsivo rubio.

Sidney Maloney estaba frente a él, con su cínica sonrisa en los labios, empuñando una pistola con la mano derecha y frotándose las uñas de la izquierda contra la solapa de la americana.

—¡Hola, amiguito! —La voz de Maloney era irónica—. De manera que siguiéndome los pasos, ¿eh? Para seguirme a mi tienes mucho que aprender todavía. ¡Sujetadle y mirad si lleva algún arma!

Dos de los tipos que le atacaran abajo se situaron tras el escocés, sujetándole los brazos a la espalda. Un tercero le registró, despojándole de la pistola. Maloney se fue acercando lentamente.

William McGuffy, por vez primera en su existencia, supo lo que era odiar. Ahora sabía con certeza que aquel hombre era el asesino de McCrohom y de la señora Colbert. En aquellos momentos, la sangre escocesa de McGuffy hervía en sus venas y una nube roja le oscurecía el cerebro. Levantó con fuerza la pierna derecha, alcanzando en el vientre a Maloney, que se encogió con un alarido, dejando caer la pistola.

—¡Perro! —Silbó, mientras se incorporaba, con las manos en la parte golpeada—. Esto te costará el pellejo. He de arrancártelo a tiras. ¡Vosotros! ¡Agarradle las piernas!

Los otros dos «gangsters» cumplieron la orden. Sidney Maloney, como si estuviera poseído de un ataque de locura, abofeteó a McGuffy furiosamente, hasta que le faltaron las fuerzas y se retiró jadeando. La sangre corría por la cara de William, que, no obstante, había aguantado la paliza sin pestañear, con un gesto de desprecio en el semblante.

Maloney pareció realizar un considerable esfuerzo para recuperar su habitual sangre fría.

—¿Qué hacemos con él, jefe? ¿Liquidarle?

—Todavía no. Tenedle aquí hasta mi vuelta. Tengo algo que hacer primero. Más tarde decidiré lo que va a ser de éste. Y... ¡mucho ojo! Ya se me escapó otra vez y no quiero que se repita. ¡Juro que me las va a pagar todas juntas!

—Descuide, jefe. No escapará.

Sidney Maloney se arregló el lazo de la corbata y, con un peine de bolsillo, puso en orden sus ensortijados cabellos. Recogió del suelo la pistola y se marchó.

McGuffy fue conducido a empujones, por sus cuatro captores, a un rincón de la estancia y obligado a sentarse en una silla. Los cuatro individuos, percatados de que su prisionero era un hueso duro de roer, se sentaron frente a él sin dejar de apuntarle con las pistolas.

McGuffy entornó los ojos. Se llamó imbécil a sí mismo. ¿Quién le mandaba meterse sólo a perseguir al criminal? Carecía totalmente de experiencia en aquellas lides y le habían engañado como a un niño. Pero... ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¿Dejar que se escapara sin procurar seguirle? Con un poco más de suerte hubiera resuelto definitivamente el misterio. Claro que pudo hablar con el inspector jefe del

F. B. I.

cuando telefoneó a Centre Street tratando de localizar a Stevens, y haberle explicado lo que pasaba. Habría mandado agentes enseguida y el criminal hubiera caído.

No era cosa de seguir atormentándose con lo que ya no tenía remedio. Empezó a meditar sobre las posibilidades de fuga. Escasas,

por no decir ninguna. Sus guardianes no se descuidaban y, aunque lo hicieran, no podría sorprenderlos a todos.

El tiempo transcurría lentamente. McGuffy notaba que la sangre que le corría por el rostro empezaba a secarse.

—¿Puedo limpiarme la cara?

—Bueno; espera un poco.

Uno de los sujetos se puso en pie y él mismo le sacó a McGuffy el pañuelo del bolsillo.

—¡Toma! Límpiate.

McGuffy se secó la cara.

—¿Puedo fumar?

—¿Es que no sabes hacer otra cosa que pedir? ¡Ahí va!

Un paquete de cigarrillos y un encendedor volaron sobre él. William encendió un pitillo, devolviendo por el mismo procedimiento la cajetilla y el mechero. Uno de los bandidos dio un respingo:

—¡Cuidadito con los trucos! ¿Eh? Te advierto que nada me proporcionaría mayor satisfacción que meter una bala en tu puerca cabeza.

El que hablara era el mismo a quien McGuffy había dejado «K. O.» el primero. El escocés fumaba despacio, mirando fijamente a los cuatro individuos a través de las volutas de humo. Sin hablar, sin hacer el menor gesto, sin moverse apenas. Uno de los «gangsters» se removió inquieto en la silla.

—Parece que Maloney tarda mucho.

McGuffy aguzó el oído. Por fin averiguaba el nombre del rubio. «Un poco tarde», pensó.

—No te preocupes, ya vendrá —terció otro.

—Podíamos continuar la partida de antes. Dejando a este bien atado... —Gruñó un tercero.

—Ni hablar —dijo el que parecía ostentar la jefatura del grupo—. En todo caso, baja por la baraja y jugamos aquí. Y tráete también de beber.

El llamado Regan salió, regresando poco después con una baraja, una botella de «*whisky*», un sifón y cuatro vasos. Se sentaron ante la sucia mesa que había en el cuarto, y el que llevaba la voz cantante dirigió una recelosa mirada al prisionero.

—No seas idiota, Grouch; no puede escaparse —aseguró Regan.

Los cuatro criminales dejaron las pistolas sobre la mesa, al alcance de la mano, y comenzaron la partida. McGuffy observó la estancia. Era muy pequeña y carecía de ventanas. No tenía más comunicación que la puerta y ésta se abría hacia fuera, sin duda por lo reducido de la habitación.

Los individuos jugaban. Grouch debía perder y blasfemaba abundantemente. Una idea repentina surgió en la mente de William McGuffy, y decidió jugarse el todo por el todo.

—¡Eh, vosotros! Me aburro de tanto esperar. Os juego mi dinero.

Los rufianes se volvieron a mirarle.

—¿Cuánto tienes?

—Voy a ver.

Parsimoniosamente, McGuffy sacó de los bolsillos todo el dinero que llevaba. Los ojos de los hampones relucieron de codicia.

—Un momento —intervino Grouch—. Esto es estúpido. De todos modos, nos quedaremos con el dinero de este tipo.

—Claro —respondió McGuffy—, pero seréis cuatro a repartir; eso suponiendo que Maloney no se quede con la mayor parte. En cambio, si me lo ganáis ahora... A mí, en realidad, me da lo mismo. Para lo que me espera... Lo que ocurre es que adoro el juego y puedo pasar el rato más distraído.

—Venga, Grouch —apremió Regan—: ¿qué mal hay en ello?

—Además —siguió McGuffy—, tengo más en el banco. Podría daros un cheque al portador.

Esto último era mentira; sin embargo, fue lo que acabó de decidir a los «gangsters». En sus mentes tomó cuerpo rápidamente la idea de desplumar a aquel sujeto, que debía ser imbécil. Después de todo, lo más probable era que el jefe diera orden de liquidarle. Si conseguían hacerle firmar cheques, podrían cobrarlos al día siguiente y Maloney no tenía por qué enterarse.

—De acuerdo. Acércate. ¿Cómo jugaremos?

—Muy sencillo. Para empezar, a la carta más alta. ¿Quién se atreve?

McGuffy se había levantado y se aproximó, permaneciendo en pie, en una esquina de la mesa, lo más cerca posible de la puerta, que estaba solamente entornada.

—Yo empiezo —rugió Grouch.

—¿Cuánto tienes?

Grouch contó sus billetes.

—Doscientos veinte.

McGuffy separó otro tanto dejándolo sobre la mesa. Regan barajó las cartas. Levantó Grouch, descubriendo un seis de corazones. McGuffy sacó el rey de diamantes.

—Mala suerte, Grouch. Yo gano.

Recogió el dinero, pero repentinamente arrojó todo sobre la mesa.

—Contadlo exactamente. Tengo otra idea.

Los cuatro individuos miraron como hipnotizados el enorme fajo. Grouch comenzó a contarlos...

El empujón que McGuffy propinó a la mesa, al tiempo que se apoderaba de la pistola que tenía más cerca, fue tan violento, que aquélla cayó al suelo, arrastrando cartas, billetes, vasos, botellas y haciendo rodar por el suelo a dos de los «gangsters».

McGuffy lanzóse como una tromba contra la puerta, yendo a parar al pasillo, por el que corrió como un loco hacia la escalera. Repuestos de la sorpresa, los cuatro bandidos iban tras él, jurando y blasfemando. William bajó las escaleras de cuatro en cuatro, llegando a la taberna.

A aquella hora el local empezaba a estar muy concurrido. Marineros, obreros del puerto, mujeres pintarrajeadas y la música ramplona de un acordeón, formaban un cuadro típico, que McGuffy, desde luego, no se detuvo a contemplar.

—¡Paso! —gritó como un energúmeno.

La gente que llenaba el establecimiento, sorprendida por la repentina aparición de aquel hombre que gritaba como un desesperado y empuñaba una pistola del nueve largo, se apartó instintivamente. Uno de los perseguidores del joven disparó y el resultado fue que un marinero medio borracho rodó por el suelo con un balazo en el estómago.

Se formó una algarabía espantosa. Los juramentos y las soeces exclamaciones de los hombres se mezclaron con los chillidos histéricos de las mujeres.

McGuffy estaba ya en la calle. El campeón olímpico de atletismo no hubiera podido seguirle, en aquella ocasión, en la carrera que emprendió.

Mientras corría, iba pensando que la escena de tres días antes se

había repetido casi exactamente; pero esta vez iba armado y se sentía más tranquilo.

Miró hacia atrás, sin dejar de correr, observando que los cuatro rufianes habían salido ya de la taberna y corrían tras él. Se volvió rápidamente un instante e hizo fuego sin apuntar. Uno de los individuos cayó. Ladraron dos pistolas y las balas silbaron en torno a McGuffy, que aumentó todavía un poco la velocidad, consiguiendo casi doblar la distancia que le separaba de sus perseguidores, a los que la sorpresa de su disparo había hecho perder un tiempo precioso.

La niebla había aumentado considerablemente y la visibilidad era escasa, lo que favorecía la fuga de William. A las pocas yardas de haber doblado una esquina vio, a su izquierda, una pequeña tapia y, sin pensarlo dos veces, se izó rápidamente, dejándose caer al otro lado.

Estaba en un jardín muy descuidado, del que, por causa de la niebla, no alcanzaba a distinguir más que una pequeña parte. Agazapóse, conteniendo el aliento; al poco rato oía las pisadas de sus perseguidores.

—¡Corred, idiotas! —aullaba, enfurecido, Grouch—. No puede ir muy lejos. ¡Esta maldita niebla!...

Pasaron de largo. McGuffy estuvo aún esperando unos minutos, al cabo de los cuales se asomó cautelosamente a la tapia, observando la calle. No se veía nada. Indudablemente, los tres canallas no habían reparado en la pequeña pared y seguían corriendo calle adelante. Escuchando atentamente, el joven pudo percibir el ruido de las pisadas de los tres hombres y sus voces, ya algo lejanas.

Se descolgó a la calle y, guardando la pistola en el bolsillo, corrió, ya más tranquilo, hasta Canal Street, donde tuvo la suerte de encontrar un «taxi» libre.

El chofer le miró con desconfianza, y McGuffy, dándose cuenta de su propio aspecto y recordando que no llevaba un solo dólar en el bolsillo, esbozó una sonrisa.

Luego de pensar rápidamente, dio la dirección de Magda Robertson.



¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al

precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VIII



AGDA Robertson
contempló asombrada a McGuffy al entrar éste en el domicilio de la joven.

—¿Qué le ha ocurrido?

McGuffy hizo una minuciosa exposición de su odisea, con sencillez, sin dar importancia a su actuación.

—Y usted perdonará —finalizó William— que me haya dirigido a su casa, pero en estos momentos no sé cómo encontrar a Stevens y no sabía dónde ir.

—Hizo muy bien. Voy a dar orden de que salgan a pagar su «taxi».

La chica salió, regresando a los pocos minutos.

—¿Qué piensa hacer ahora? —interrogó Magda.

—Volver al edificio aquel de la calle Veintisiete. Acaso

encuentre allí a Maloney. El sitio parece serle muy familiar.

—No podrá usted entrar. Conozco el lugar. Se trata del Club Black Star. Lleva poco tiempo funcionando y tiene mucho éxito. Para entrar hay que ser conocido o, por lo menos, ir acompañado de alguien que lo sea. Lo he frecuentado bastante.

—Pues yo tengo que entrar —afirmó, tozudamente, el joven.

—Se me ocurre una idea. Entrará usted.

—¿Cómo?

—Conmigo.

—¿Qué dice usted?

—Que le acompaño. A mí me conocen y nos dejarán pasar sin dificultad.

—Eso es imposible. No puedo exponerla...

—No se moleste, McGuffy. He dicho que voy con usted y voy. Estoy harta de este encierro, sin poder salir a la calle. Si es usted terco, yo lo soy más. Lo malo es que tiene que vestirse y arreglarse un poco. Está hecho una pena.

—Tendré que volver al piso de Gordon. Allí tengo todo mi equipaje.

Magda estuvo un rato meditando.

—Póngase en pie.

Obedeció McGuffy, sorprendido, y la muchacha le examinó con atención.

—¡Ya está! Tiene el tipo exacto a mi padre. Se pondrá su «*smoking*». Quizá esté un poco anticuado, pero servirá.

—Pero...

—No discuta. Estamos perdiendo el tiempo. Tengo tanto interés como usted en acabar con esa pandilla y poder hacer otra vez vida de persona.

Un cuarto de hora más tarde, McGuffy se miraba en un espejo, embutido en el «*smoking*» del viejo profesor, ante la mirada aprobadora de la joven, que previamente había lavado lo mejor posible el rostro del escocés. El «*smoking*» le venía un poco grande, pero no quedaba mal del todo. William se dijo que el recuerdo de su última lucha tardaría bastante en desaparecerle, pero así y todo, estaba más presentable. Bajaron de nuevo al saloncito, y Magda sacó unos bocadillos y una botella de vino.

—Vaya comiendo mientras me visto. Debe estar desfallecido.

La chica salió, y McGuffy, que en todo el día no había tomado más que el desayuno y aquellos emparedados con cerveza en la calle Ciento Treinta y Siete, engulló velozmente los bocadillos y dio buena cuenta del vino. Encendiendo un cigarrillo, recostóse perezosamente en el sillón. Se sentía mejor. Magda aparecía al poco rato y McGuffy, lardando un silbido, se puso en pie.

La joven lucía un vestido negro, de encaje, que la hacía sumamente atractiva. Un fino collar de perlas se ceñía en torno a su cuello y en la mano derecha llevaba una capa de armiño.

—¡Caramba! —dijo William—. Me deja usted deslumbrado.

En el rostro de Magda Robertson se dibujó una sonrisa.

—¿Nos marchamos?

—Ahora mismo.

En el preciso momento en que llegaban al vestíbulo, oyeron sonar el timbre de la puerta.

Abierta ésta, apareció en el umbral un hombre muy joven, de elegante figura, rostro atractivo y aspecto simpático, que inquirió:

—¿Magda Robertson?

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Mi nombre es Gardner, Richard Gardner, agente del

F. B. I.

Vea mi placa y mis documentos; ya sé que tiene orden de no fiarse de nadie. Estoy buscando a Fred Stevens. ¿Ha estado aquí?

—También nosotros le buscamos —intervino McGuffy, mientras la muchacha examinaba el carnet de identidad de Gardner—. Permítame que me presente —agregó, con una súbita inspiración—. Me llamo McGuffy.

Rápidamente, el escocés dio cuenta al agente del

F. B. I.

de todo lo ocurrido. Aquel muchacho podría servirles de ayuda. Quién sabe si con su colaboración podrían detener rápidamente a Maloney.

El federal escuchó con calma. Llevaba poco tiempo en el

F. B. I.,

y nunca había realizado ningún servicio de importancia. ¡Sería un golpe formidable y una nota brillante en su carrera detener a aquel Maloney y tal vez deshacer la banda completa de traficantes en drogas! Por las explicaciones que McGuffy le daba parecía muy

probable que el Black Star estuviera íntimamente relacionado con el asunto. Tomó inmediatamente una resolución:

—Si van ustedes en busca de ese asesino, los acompaño. Así seremos dos si hay lucha.

—Encantado —repuso, sonriente, McGuffy—. Precisamente iba a proponérselo. El no poder localizar a Stevens me ha obligado a actuar yo solo y... no soy precisamente un experto.

Magda Robertson sacó del garaje su pequeño «Chevrolet», en el que se acomodaron los tres, trasladándose a la calle Veintisiete. Parado junto al bordillo de la acera, McGuffy descubrió el «Oldsmobile» azul de Maloney.

Robert, al mirar por la mirilla y reconocer a la muchacha, abrió la puerta. Torció el gesto al ver a sus dos acompañantes, sobre todo ante el agente federal, que no vestía de etiqueta.

—¿Conocidos suyos; señorita Robertson?

—Sí, Robert; son de confianza.

Pasaron al interior del club. McGuffy observaba todo atentamente, sintiéndose un poco disminuido en aquel ambiente, que nunca tuvo ocasión de frecuentar. Sus actividades en sociedad no habían pasado de algún baile de estudiantes que otro en la Universidad, y no muchos, pues su carácter, siempre retraído, no le impulsaba a acudir a tales reuniones.

Una vez acomodados ante una mesa, en un ángulo del salón, William no dejaba de curiosear en torno suyo, preguntándose si le agradaba o no aquel ambiente y pensando que era pronto aún para juzgarlo. Le desconcertaba un poco la presencia de tantas mujeres hermosas, provocativamente vestidas, fumando más que los hombres; encaramadas, unas, en altos taburetes de la barra del bar; sentadas, otras, ante las mesas de juego; bailando, las más, de una forma que al escocés se le antojaba excesivamente atrevida.

Su falta de experiencia en aquellos ambientes no le permitía adivinar la clase de las mujeres que veía, así como tampoco podía discernir, entre los hombres, cuáles pertenecían realmente a la buena sociedad y cuáles otros eran aventureros y «gangsters» más o menos encubiertos. Porque suponía, más que nada por lo que oyera contar a otros compañeros de Universidad, que allí había de todo.

El derroche de champaña, la profusión de luces que alumbraban el local, el bullicio, las risas, el sonido de la orquesta, que en aquel

momento interpretaba un «slow» de moda, le produjeron una sensación extraña, que no acababa de comprender.

Le sacó de su ensimismamiento la suave voz de contralto de Magda Robertson, al preguntarle:

—¿Qué está mirando con tanta atención?

—Nada... y todo —repuso el joven—. Tenga en cuenta que es la primera vez que visito un sitio como éste.

—Ya. Y... ¿qué le parece?

—Creo que no acaba de gustarme. Tal vez sea la falta de costumbre.

La conversación se generalizó al intervenir el agente del F. B. I.

Gardner tenía una conversación muy amena; hablaba de todo, acaso un poco deprisa, mas demostrando poseer una cultura vasta, nada superficial y un gran don de gentes, que, en un muchacho tan joven, llamó la atención de McGuffy, haciéndole envidiar la desenvoltura con que se conducía Richard.

El del F. B. I bajó repentinamente la voz, inquiriendo:

—¿Ha visto al tipo, señor McGuffy?

—No. Sin embargo, debe estar aquí. Su coche, por lo menos, se hallaba a la puerta.

—Dígame bien cómo es.

McGuffy hizo una descripción lo más detallada posible de Maloney.

—Espérenme aquí —pidió el agente, levantándose—. Voy a dar una vuelta por el local.

Cuando Gardner se alejaba en dirección a la barra del bar, McGuffy contempló fijamente a Magda Robertson. Había tratado muy pocas mujeres y se sentía algo acobardado ante ellas, y más aún en medio de aquel ambiente, tan distinto al de la casa de Magda, silenciosa y recogida.

—¿En qué piensa, McGuffy?

—En nada importante, Magda. ¿Me permite que la llame así?

—Desde luego. Y yo le llamaré William. Su apellido es muy raro.

—¿Dónde se habrá metido Stevens? —murmuró el joven, como hablando consigo mismo.

—¡Cualquiera sabe! A menudo temo por la vida de Fred —repuso la muchacha en tono melancólico—. Es un gran amigo, el

mejor que he tenido nunca, ¡quién sabe si el único!

—Bueno; desde ahora tendrá dos —manifestó, en tono convincente, McGuffy.

—Así lo espero. Usted es de esas personas en las que, sin saber exactamente por qué, siente una deseos de depositar su confianza.

Continuaron hablando un largo rato. Richard Gardner no reaparecía. A William le parecía imposible estar allí, sentado tranquilamente, cuando quizá dentro de poco pudiera encontrarse otra vez ante la muerte. La ausencia de Stevens le producía cierto desasosiego...

Sidney Maloney estaba en su despacho, fumando pausadamente, mientras se frotaba las uñas de la mano izquierda contra la solapa de la americana. Tenía ante él una botella de «*whisky*», pero bebía poco. Descolgó el auricular del teléfono, marcando un número en el disco. Esta vez le contestaron desde el otro lado:

—Dígame.

—Habla Sidney, jefe. Tengo algo que darle.

—Bien.

—¿Puedo ir?

—Sí, puede venir.

—He llamado otra tarde a los otros dos teléfonos, sin encontrarle. Éste es el de la casa de Queens, ¿verdad?

—Sí, Queens. Tenga cuidado de que no le sigan. Llame al timbre tres veces seguidas, como siempre.

—De acuerdo.

Maloney colgó el aparato. Su sonrisa era más cínica que nunca. Durante un largo rato estuvo examinando cuántos papeles había en los cajones de su mesa, quemando algunos, guardando otros.

Se levantó por fin, dirigiéndose con su paso ágil, felino, a un rincón del despacho. Retirando un cuadro que adornaba la pared, dejó al descubierto una caja de caudales. Sus dedos, finos y pulidos, dieron vuelta a las letras de la combinación y la caja quedó abierta. Dos enormes fajos de billetes fueron a parar a sus bolsillos. Sacó también varios cargadores de repuesto para la «German Luger», y un revólver de pequeño calibre, que ocultó en la manga derecha, habilidosamente sujeto con unas gomas.

Su momento se aproximaba. Observó la estancia con su fría

mirada, enigmática y cruel, y luego de apagar las luces, salió al saloncito contiguo. Cuidadosamente apartó las cortinas un par de centímetros para observar la enorme sala del club, abarrotada de público.

Bruscamente retrocedió de un salto, al tiempo que la sonrisa se apagaba en sus labios. ¡Había reconocido a William McGuffy! Allí estaba, sentado tranquilamente ante una mesa, vestido de «*smoking*» y en compañía de aquella muchacha...

El cerebro de Maloney era un caos. ¿Cómo podía haber escapado aquel sujeto de La Sirena de Fuego, estando vigilado por sus cuatro esbirros? No lo comprendía. Pero el hecho real era que estaba allí, y el motivo de su presencia no podía ser otro que buscarle a él, a Maloney. Aquello podía echar por tierra todos sus planes. Por una extraña asociación de ideas recordó al italiano Luigi cuando llamaba «bambino» a aquel escocés del diablo. ¡Caray con el «bambino»! Era duro de pelar.

Sidney Maloney volvió otra vez al despacho y pulsó un timbre. Al poco rato entraba un camarero.

—¡Que vengan Philip y Brian! ¡Enseguida!

Philip y Brian no tardaron ni diez minutos en presentarse. Iban vestidos de etiqueta, lo que no impedía que tuvieran el tipo característico de los guardaespaldas. Maloney dio sus instrucciones clara y concisamente, y los dos hombres salieron.

Un camarero se acercó respetuosamente a la mesa ocupada por McGuffy y Magda Robertson.

—¿El señor McGuffy?

William le miró, sorprendido:

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Le llaman al teléfono, señor. ¿Tiene la bondad de seguirme?

El joven se levantó, dubitativo. ¿Quién podía saber que él estaba allí? Y... ¿cómo le conocía aquel camarero? Recordando la escena que le prepararan en La Sirena de Fuego, tuvo la intuición de que aquello era otra trampa. Su vista recorrió de nuevo el local, contemplando el animado ambiente del club, la enorme profusión de personas, entre las cuales —pensaba— tenía que haber muchas perfectamente respetables. Las parejas que bailaban, los jugadores, algún individuo cercano ya a la borrachera, la cadenciosa música de la orquesta...

¿Sería posible que en un sitio como aquél fueran capaces de asesinarle? Aunque, realmente, tenía motivos para no sorprenderse de nada.

En aquel momento, el agente del
F. B. I.

regresaba de su inspección.

—¿Qué ocurre?

—Que me llaman por teléfono.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron y se comprendieron. El camarero continuaba esperando, deferente, sin que su actitud revelara nada anormal.

—Vamos allá —dijo el federal, con decisión.

Siguieron al camarero hasta el rincón de la enorme sala y éste apartó las rojas cortinas de terciopelo.

—Pasen, señores.

El agente del
F. B. I.

le agarró bruscamente por un brazo:

—Usted primero.

El hombre tuvo un gesto de rebeldía. Richard Gardner le cogió la muñeca derecha y, retorciéndole ferozmente el brazo le obligó a entrar, siguiéndole, con la mano cerca de la funda donde llevaba la pistola. McGuffy entró tras ellos. Estaban en el saloncito anterior al despacho de Maloney. No había nadie. El camarero se volvió a ellos, con un gesto de dignidad ofendida en el semblante:

—Caballeros: no acabo de explicarme...

—¡Cierra la boca! —ordenó, secamente, el federal—. ¿Dónde está el teléfono?

—En ese despacho. El que tenemos fuera no funciona bien y he conectado aquí para que el señor pudiera hablar cómodamente.

—¿Quién hay ahí dentro?

—Nadie, señor.

Gardner incrustó la pistola en los riñones del sujeto, ordenándole:

—¡Abre la puerta!

El hombre obedeció. De frente no se veía a nadie en el interior del despacho. El agente federal empujó violentamente al sujeto, que entró dando traspiés. Oyeron una voz mascullar:

—Pero ¿qué mil diablos...?

El del

F. B. I.

asomóse a la habitación. Dos hombres, que habían permanecido a ambos lados de la puerta, empuñando sendas porras de goma, se dirigían al camarero al verle entrar de aquella forma. En el despacho no había más luz que la proyectada por una pequeña lámpara de mesa, y el federal no llegó a percibir la borrosa figura de Maloney, en pie en un rincón, velado por las sombras.

—¡Arriba las manos! ¡Pronto!

Philip y Brian obedecieron, asombrados. McGuffy permanecía fuera, pistola en mano, pensando que acaso fuera mejor guardar la retirada, mas decidido a intervenir en el momento oportuno.

Sidney Maloney no podía esperar más tiempo. El pequeño revólver que llevaba en la manga escupió fuego, y el agente del

F. B. I.

rodó por la alfombra, alcanzado en el pecho.

La entrada de McGuffy, al oír el disparo, coincidió con la salida en tromba del asesino. Se encontraron en el quicio de la puerta, frente a frente. El escocés saltó hacia atrás, intentando refugiarse en uno de los sillones del saloncito.

Por segunda vez, el revólver de Maloney ladró y McGuffy sintió el impacto del balazo en la parte alta del brazo izquierdo. La capacidad de reacción del escocés había aumentado notablemente en los últimos días. Abrió los brazos, dejándose caer pesadamente al suelo.

Sin detenerse a comprobar el resultado de su disparo, Maloney salió rápidamente. No acostumbraba a fallar. El ruido de los dos tiros había producido la consiguiente alarma entre el público, pero el criminal, en medio de la confusión, alcanzó la puerta.

Tan pronto como Maloney hubo traspasado las cortinas, William McGuffy se levantó. En aquel momento, Philip y Brian salían del despacho. Habían oído el tiro, sin ver a nadie, y quedaron sorprendidos a la vista de aquel nuevo sujeto, que se levantaba del suelo pistola en mano. Aquel instante de vacilación de los dos criminales fue suficiente. McGuffy tiró a matar, casi a boca de jarro, y los dos disparos parecieron confundirse en uno solo. Ambos «gangsters» cayeron.

Difícilmente, McGuffy logró abrirse paso entre la concurrencia, que había empezado a amontonarse ante las rojas cortinas, pero sin que nadie se hubiera atrevido a entrar. Distinguió a Magda un momento y le hizo una imperiosa seña de que pasara. No se había detenido a saber qué había sido del simpático muchacho del

F. B. I.

y era necesario que le prestaran asistencia, si no había muerto.

El hombre que guardaba la puerta de la escalera intentó detenerle, echando mano a la pistola. William disparó por tercera vez, a menos de una yarda de distancia, y el individuo se desplomó sin un grito.

El llamado Robert subía, alarmado, y al ver a McGuffy que acababa de despenar a su compañero, quedó un momento parado, tenso, indeciso. Luego llevó la mano a la axila, al tiempo que se hacía a un lado.

McGuffy, con fría decisión, apretó el gatillo una vez más, y Robert rodó escaleras abajo, rebotando como una pelota de goma. El escocés salió a la calle.

El «Oldsmobile» azul, detenido dos o tres casas más arriba, salía disparado. Un par de segundos y pasaría ante el portal. El joven se pegó al quicio de la puerta, guardando la pistola, y cuando el coche pasaba ante él, saltó ágilmente a la trasera. Logró enganchar los dedos en los cierres de la maleta y aguantar el brusco tirón. Durante unos segundos sus pies fueron arrastrando por el pavimento.

Consiguió, con grandes dificultades, izar el izquierdo y apoyarlo en el parachoques trasero del vehículo. Poco después repetía la operación con el derecho. La postura en que se encontraba era inverosímil, pero estaba decidido a aguantar como fuera. Aquella vez el asesino no se le escaparía, aunque tuviera que matarle.

El brazo izquierdo, en el que recibiera el balazo de Maloney, le dolía terriblemente, y la sangre resbalaba por él. Afortunadamente la niebla era muy espesa, lo cual favorecía su situación, pues Sidney, para no estrellarse, tuvo que moderar la velocidad inicial. Al parecer, no se había apercebido de la maniobra de McGuffy. Estaba convencido de que lo había matado.

El coche torció por una bocacalle hasta llegar a la calle Treinta y Cuatro, continuando por ésta, casi desierta a aquellas horas.

McGuffy percibió, entre la niebla, el edificio del Metropolitan Opera House, con las luces apagadas, y al rato pasaban ante el Empire State. Al final de la calle Treinta y Cuatro, el «Oldsmobile» dobló a la izquierda, siguiendo por la Primera Avenida. Nueva curva a la derecha y poco después empezaban a cruzar el East River por el puente de Queensboro.

A pesar de lo frío de la noche, McGuffy sudaba copiosamente y el sudor se mezclaba con la sangre que le salía de la herida del brazo. En aquella terrible postura, William, que iba pasando las torturas del infierno, aspiró con deleite la brisa del río que llegaba hasta él.

El automóvil había terminado de cruzar el puente y se internaba en Queens. En aquel lado del río la niebla era más espesa aún, y McGuffy apenas podía ya distinguir el camino que seguían. Al cabo de un largo rato el auto se detuvo.

Sidney Maloney descendió del vehículo, transpuso la verja del jardín y una vez ante la puerta pulsó por tres veces el timbre. Franqueada la entrada, el asesino penetró en la casa.

McGuffy pasó al interior del jardín, pistola en mano, y sigilosamente fue dando la vuelta completa al edificio, buscando un sitio por donde entrar. Las ventanas del primer piso eran bajas. Probó una de ellas, pero no cedía. Intentó con una segunda con el mismo resultado. Empezaba a desesperar, cuando sus ojos repararon en una tercera ventana que no tenía echadas las maderas por dentro.

Envolviendo su puño derecho en un pañuelo, golpeó el cristal, mientras el corazón le latía a un ritmo acelerado. Parecióle que el ruido del cristal al romperse era mayor que el de un cañonazo.

Aguardó un par de minutos, con los músculos tensos, conteniendo la respiración. Un silencio ominoso, que se palpaba casi materialmente, fue lo único que percibieron sus sentidos. Metió la mano por el hueco practicado, y abriendo la ventana, saltó al interior.

A la luz de una cerilla pudo ver una habitación casi vacía, con unas sillas viejas y unos cajones. McGuffy fue a la puerta y abrió milímetro a milímetro. Cuando sus ojos se acostumbraron un poco a la oscuridad pudo percibir vagamente un pasillo en el que había varias puertas.

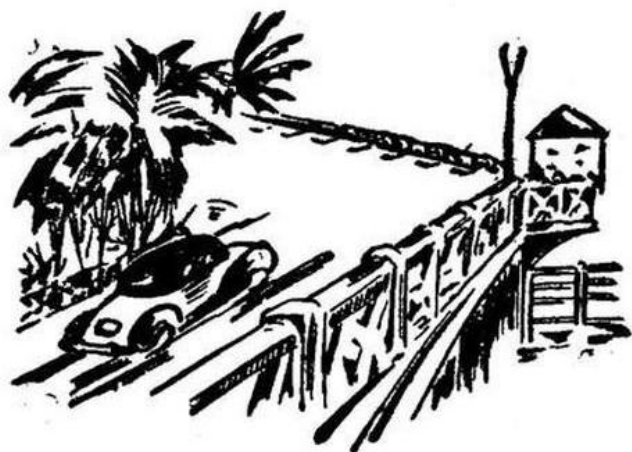
En aquel instante, el ruido de un disparo llegó hasta él. Se quedó clavado en el suelo, inmóvil. Había localizado por el sonido la habitación donde se hiciera el disparo y se acercó de puntillas, pegando el oído a la puerta. Oyó otros dos estampidos, casi seguidos, y a continuación la voz gangosa de Sidney Maloney, que decía:

—¡Traidor! Al fin te llegó tu hora.

Una pequeña pausa, y después:

—Lo siento, amigo. Ha visto demasiado.

William McGuffy empujó la puerta.



PRIMER CENTENARIO DEL F. B. I.

Se celebra la publicación del número 100 brindando a los lectores asiduos un magnífico número **EXTRAORDINARIO**

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

por **A L F M A N Z**

¡POR 8 PESETAS UNA OBRA MONUMENTAL!

IX



A puerta de la casa de Frank Stellman fue abierta por un criado a la llamada de Stevens.

—¿Qué desea?

—Quisiera ver al señor Stellman.

—¿A quién debo anunciar?

—Agente Stevens, del Federal Bureau of Investigation.

—Un momento, por favor.

Fred se entretuvo curioseando el «*hall*» donde se hallaba. Pocas veces había visto un alarde semejante de lujo. Estaba examinando un cuadro que le llamara poderosamente la atención cuando regresó el criado.

—Tenga la bondad de seguirme.

El despacho del segundo teniente de alcalde de Nueva York no iba a la zaga, en cuanto a lujo, del resto de la casa.

—Pase, Stevens. Celebro verle. ¿Qué le trae por aquí?

Stevens aproximóse a la mesa, estrechando la mano que le tendían.

—Nada de particular, señor. ¿Podría concederme unos minutos?

—Con mucho gusto. Siéntese.

Frank Stellman era un hombre de más de cincuenta años, bien conservado, de alta estatura, cabello que empezaba a blanquear y facciones enérgicas. Pero en sus ojos se veía cierta expresión de cansancio.

La mirada perspicaz del agente federal descubrió, sobre la mesa, un ejemplar del mismo periódico en el que, poco antes, leyera la reseña del discurso pronunciado por Stellman con motivo de las elecciones.

—¿Leía usted su magnífico discurso, señor?

—¿De verdad le parece magnífico?

—Pues sí, aunque nosotros no salimos en él muy bien parados.

—No se preocupe. Los políticos tenemos que defender las ideas de aquéllos a quienes representamos. Para mí no es un plato de gusto meterme con nadie. Lo que ocurre es que a veces las circunstancias...

—Otras veces hemos sido atacados —interrumpió Stevens— y al final siempre tuvieron que reconocer nuestro éxito los mismos que nos combatían. ¿No es cierto?

—Sí; lo es. En el fondo, espero y deseo, que triunfen. Puede que mis frases sirvan de acicate a los defensores de la Ley...

—Sí, señor. Y quizá de algo más.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Durante unos momentos ambos hombres fumaron en silencio, observándose mutuamente.

—Bueno —dijo al fin Stellman—, no divaguemos. ¿Cuál es el objeto de su visita?

—Acaso le parezca pueril. No sé si estará enterado de que investigo el asunto de los estupefacientes y el asesinato del alcaide de

Sing-Sing,

y de ese sujeto, McCrohom. Como usted se ha distinguido siempre por sus campañas contra el tráfico de drogas, demostrando estar

bien documentado sobre la cuestión, he pensado que, tal vez, si yo le pongo en antecedentes de nuestras pesquisas y de detalles que usted desconoce, podría... ayudarme. Acaso se fije en algún detalle que yo haya pasado por alto o se le ocurra alguna idea que no se me ocurriera a mí. Desde luego, si no le molesta.

El segundo teniente de alcalde de Nueva York tardó un buen rato en contestar:

—Bien, Stevens. No veo en qué pueda ayudarle, pero puesto que usted lo quiere... Siempre recuerdo con agradecimiento el servicio que me hizo en una ocasión. Trataré de complacerle.

Fred Stevens hizo una clara exposición de los hechos y del curso de las Investigaciones, sin omitir detalle, siendo escuchado en completo silencio por Stellman, quien al terminar la narración del federal expuso a éste su criterio:

—Por lo que veo, no están ustedes muy adelantados, Los sujetos que hubieran podido proporcionar alguna pista, han muerto. No sé, no sé... Y... ¿dice usted que el sobre con la confesión de Smith lo guardaba aquella señora que ha sido asesinada?

—Sí, señor.

—¿Qué hay de ese rubio?

—Es nuestra última esperanza. Le hemos localizado y uno de mis hombres le sigue. Tal vez por ahí podamos sacar algo en limpio. Indudablemente es el asesino de McCrohom y de la señora Colbert y él debe tener la declaración de Smith.

Fred Stevens creía estar mintiendo. Ignoraba que, en aquellos momentos McGuffy seguía por las calles de Manhattan los pasos de Sidney Maloney.

—Quisiera ayudarle, Stevens —concluyó el teniente de alcalde, dando la entrevista por terminada—, pero de momento no se me ocurre cómo. Pensaré sobre lo que me ha contado y no dude de que si tengo alguna idea se la comunicaré enseguida.

—Se lo agradezco mucho, señor. Buenos días.

Cuando el agente del

F. B. I.

salió a la calle, le esperaba la sorpresa de la ausencia de McGuffy. Fue inútil que recorriera una parte de Riverside Drive en sus dos direcciones y entrase en un bar cercano, pensando si al escocés se le habría ocurrido tomar algo. El hecho de que no le hubiera dejado

una nota en el automóvil le hizo suponer que algo súbito le había obligado a marcharse. Mas de momento no podía preocuparse del desaparecido William, aunque lamentaba su ausencia.

Con semblante preocupado, Stevens fue descendiendo lentamente en el coche hasta la calle Noventa y Seis, encerrando el vehículo en un garaje para regresar a pie a Riverside Drive e instalarse en el mismo bar donde entrara en busca de McGuffy, tres casas más arriba de la de Stellman, en la acera opuesta, sentándose junto a una ventana desde la que dominaba la calle.

Transcurrieron las horas de la mañana con excesiva lentitud para la impaciencia de Stevens. Pero en Quantico había aprendido, entre otras cosas, a dominar las emociones y los nervios. Se hizo servir unos emparedados y una botella de cerveza y después café.

Fue avanzando la tarde y Fred Stevens seguía impasible en su puesto de observación, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Mientras aguardaba, no podía por menos de pensar en McGuffy, haciendo cábalas y suposiciones sobre su desaparición.

Cuando las primeras sombras de la noche comenzaban a envolver la ciudad, un enorme «Cadillac», conducido por un chofer de librea, se detuvo frente a la casa del segundo teniente de alcalde.

El agente del

F. B. I.

abandonó el bar. Había una parada de «taxi» un poco más arriba, y en el momento en que Stellman montaba en su coche, Fred lo hacía en un «taxi», ordenando al conductor:

—Siga a ese automóvil, procurando que no se aperciban, pero sin perderle de vista.

—Olga, amigo —repuso el taxista—, ¿se ha creído que esto es un «auto» de la Policía?

Stevens exhibió su placa.

—

F. B. I.

¡Haga lo que le digo!

El «taxi» se puso en marcha, siguiendo al automóvil de Stellman. Recorrieron la calle Noventa y Seis y atravesaron las cuidadas carreteras de Central Park, saliendo a la calle Setenta y Tres hasta torcer por la Segunda Avenida. En las inmediaciones del puente de Queensboro se detuvo el «Cadillac», apeándose Stellman.

Al cabo de unos diez minutos, un pequeño «Ford» pintado de negro frenaba junto al segundo teniente de alcalde. Un hombre bajó del coche, ocupando Stellman su puesto al volante.

El «Ford», seguido por el «taxi» que ocupaba Stevens, cruzó el puente, internándose en Queens. La niebla comenzaba a subir perezosamente del East River. Pasaron algunas de las pintorescas aldeas de aquel barrio, hasta llegar a las afueras, donde existe una gran cantidad de terreno de cultivo. Un cuarto de hora de marcha por un camino secundario y el coche del político hizo alto junto a una casita de dos plantas.

Stevens mandó parar el «taxi» quinientas yardas más atrás, apeándose, después de abonar el servicio. Sospechaba que su persecución no podía haber pasado desapercibida, por lo que anduvo con grandes precauciones en dirección a la casa donde entrara su perseguido.

Poco antes de llegar, había una especie de barracón de madera.

Fue un sexto sentido el que puso en guardia al agente del F. B. I.

casi simultáneamente con la aparición de una sombra proyectada en el suelo.

Retrocedió de un salto, llevando la mano a la funda sobaquera, en la que guardaba la pistola, y el golpe que un sujeto, escondido tras el barracón, intentaba asestarle, con una porra de goma, sólo encontró el vacío.

Stevens tenía ya la pistola en la mano y con voz autoritaria ordenaba:

—¡No se mueva! ¡Le tengo encañonado!

La orden fue cumplida sumisamente por su atacante, que levantó los brazos, y Fred fue acercándose despacio, cautelosamente, apuntando a la cabeza del individuo. Una vez junto a él, procedió a cachearle, quitándole una pistola y un afilado puñal, al tiempo que manifestaba en voz alta:

—Si hay alguien más, ya puede ir saliendo. Estoy dispuesto a disparar sin previo aviso.

Efectivamente, había otro hombre, pero no era ningún novato. El asalto estaba bien planeado. El segundo «gangster», mientras Stevens desarmaba al de la porra, había dado sigilosamente la vuelta al barracón, acercándose por la espalda al federal, con pasos

silenciosos. Empuñaba un revólver en la mano derecha.

Una vez más, el instinto del peligro advirtió a Stevens, que, volviéndose rápidamente, hizo fuego, casi sin apuntar, con la pistola a la altura de la cadera. El hombre rodó por tierra con un ronco gemido.

Sin embargo, la fracción de segundo invertida por el agente del F. B. I.

para volverse y disparar, fue suficiente para que el «gangster» a quien desarmara se abalanzase sobre él, derribándole al suelo. Era un tipo corpulento, de gran peso, y Stevens no pudo evitar verse en tierra, con el cuerpo de su enemigo encima, que intentaba hacer presa con las manos en su garganta para estrangularle.

Pasando un brazo por detrás de su contrario, Fred consiguió aplicarle un golpe de «judo» en el cuello. Ordinariamente aquel golpe hubiera terminado con cualquier sujeto. Pero, fuera porque la postura del agente no le permitía precisar el movimiento, fuera porque el «gangster» no permanecía quieto, el hecho fue que el fulminante K. O. que Stevens esperaba no se produjo.

Las manos del rufián se ceñían ya en torno al cuello de Fred, que comenzaba a notar la falta de aire en sus pulmones. El individuo apretaba, sin pronunciar palabra, en una lucha sorda, cruel y silenciosa.

Fred Stevens, poniendo en juego todos sus conocimientos de lucha, que no eran pocos, realizó un poderoso esfuerzo y enganchando con las piernas la cintura del bandido, logró dar la vuelta cambiando totalmente la posición. El «gangster» quedaba ahora debajo, a pesar de lo cual no soltaba su presa y seguía apretando salvajemente.

El agente del
F. B. I.

golpeó el rostro de su contrario, cuyas facciones divisaba borrosamente en la oscuridad de la noche, logrando que la presión que aquél ejercía sobre su garganta se fuera aflojando.

Desgraciadamente, el «gangster» sobre quien disparara no estaba muerto. La bala le había alcanzado en la parte alta del pecho y el sujeto pudo incorporarse trabajosamente, acercándose a rastras a los dos combatientes que, en el ardor de la lucha, no se acordaban siquiera de su presencia. Y tuvo fuerzas suficientes para llegar junto

a ellos y propinar un terrible golpe con la culata de la pistola en el cráneo de Stevens, haciéndole perder el conocimiento.

Al recobrar el sentido, el agente del

F. B. I.

estaba concienzudamente amarrado, tendido en un suelo húmedo, en medio de la más profunda oscuridad. Ignoraba por completo el tiempo que había pasado y la cabeza le dolía de un modo atroz.

No sin cierto esfuerzo fue coordinando sus recuerdos, reprochándose mentalmente no haber solicitado ayuda para emprender la caza del criminal, a quien había descubierto en un momento de inspiración.

Se hizo la luz en la estancia —una habitación lóbrega, con aspecto de bodega, carente de mobiliario— y Frank Stellman, segundo teniente de alcalde de Nueva York, apareció en el umbral empuñando una pistola de gran calibre y mirando a su víctima con una sonrisa cruel en los labios.

—Buenas noches, Stevens —fue su cínico saludo—. Me ha parecido innecesario conservar el incógnito con usted. ¿No es así?

—Desde luego.

—¿Cómo lo averiguó?

—Por su discurso —repuso el federal con voz tranquila—. Le repetiré una frase del mismo: «El alcaide de

Sing-Sing

ha sido muerto por “tres” sujetos desconocidos». ¿Comprende ahora? ¿Por qué sabía usted que habían sido «tres» los asesinos? La propia Policía lo ignoraba. No se encontraron huellas en el automóvil del alcaide que permitieran determinar el número de atacantes. Usted lo afirmó con una seguridad absoluta. Sospechaba hace tiempo que por encima de McCrohom y de otros jefes de «gang» había alguien que manejaba los hilos de la organización sin dar la cara. Y tenía que ser una persona con muchas influencias y muchas relaciones, hasta el punto de que, a veces, se enteraba de los planes del propio

F. B. I.

Al leer su discurso sospeché de usted y... he acertado.

—Para desgracia suya, Stevens. Me di cuenta del desliz enseguida. Una de esas frases que en ocasiones nos dicta nuestro subconsciente y que pronunciamos sin darnos cuenta. Creí que

pasaría desapercibida, mas, no obstante, me puse en guardia. Su visita de esta mañana me hizo comprender que usted lo había captado. Le observé desde el balcón viendo cómo se marchaba en su coche y regresaba al poco rato, situándose en el bar de enfrente.

—Debí imaginarlo —dijo el federal como hablando consigo mismo.

—Fue un tanteo el suyo muy poco hábil, Stevens. Demasiado burdo el pretexto de pedirme ayuda; y la historia china de haber localizado a Maloney, una fantasía para obligarme a actuar. A veces no es conveniente pasarse de listo. No me fue difícil avisar a un par de esbirros y prepararle esta encerrona, en la que ha caído como un novato.

—¿Quién es Maloney?

—El rubio que buscaban. No tardará en verle. Espero su llamada y le haré venir. Esto me recuerda que he de preparar la «mise en scene». Voy a desatarle las piernas. Ocioso es decirle que al menor movimiento sospechoso dispararé sin más contemplaciones.

Stellman liberó al agente de las ligaduras que aprisionaban sus piernas, y éste se puso en pie.

—Vaya delante y nada de tonterías, ¿eh? —amenazó el criminal.

Con los brazos fuertemente sujetos y la pistola del bandido incrustada en los riñones, Fred Stevens ascendió unas escaleras de piedra, recorriendo luego un largo pasillo. Finalmente entraron en una amplia habitación en la que había, al fondo, una mesa de despacho y en un rincón, a la derecha, un confortable tresillo de pana oscura.

—Siéntese, Stevens. Estará más cómodo.

El agente obedeció sin rechistar, tomando asiento en uno de los sillones. Stellman hizo lo propio, a una distancia prudencial, frente al agente, sin dejar de apuntarle con la «Luger».

—Dígame, Stevens: lo del asesinato de esa señora que guardaba la declaración de Smith, ¿es cierto o es otro invento de su estúpida imaginación?

—Completamente cierto, no lo dude.

—Entonces, creo que tendrá un compañero en el viajecito que va a emprender muy pronto.

—Y... ¿se puede saber qué género de muerte me reserva?

—Desde luego. No sufrirá usted, se lo aseguro. Hay preparada en

esta casa una gran carga de dinamita. Diez minutos después de mi marcha el edificio volará de tal manera que no encontrarán de usted ni los pedazos. Ya no me interesa este refugio. ¡Lástima, Stevens! —agregó, con siniestra sonrisa—, usted no es mal muchacho; demasiado entremetido, nada más. Siento tener que liquidarle, pero mi tranquilidad así lo exige.

—¿Y cree que adelantará algo con mi muerte?

—Claro que sí. Seguiré siendo segundo teniente de alcalde de Nueva York, y eso si no llego a alcalde en las próximas elecciones. La sociedad no puede ver en mí más que al político eminente, al hombre respetable por todos conceptos. No quedará nadie que conozca mi personalidad en el criminal. Lo único que siento es que por culpa suya me veo obligado a retirarme, antes de lo que pensaba, de un negocio muy productivo.

El timbre del teléfono vino a interrumpir la trágica conversación que se desarrollaba en el despacho. Stellman se acercó a la mesa, de espaldas, a fin de no perder de vista al agente del

F. B. I.,

descolgando a tientas el auricular.

—Dígame. Bien. Sí; puede venir. Sí, Queens. Tenga cuidado de que no le sigan. Llame al timbre tres veces seguidas, como siempre.

Al acabar de hablar, Frank Stellman volvió a sentarse, continuando la charla con la misma naturalidad que si estuviera hablando de un honrado negocio.

—Termina el drama, Stevens, y no precisamente con la muerte del villano.

—Delira usted si cree que todo ha terminado. No fui yo sólo a visitarle.

—¡Miente! No había nadie esperándole cuando salió de mi casa. Además, les conozco bien a ustedes, los del

F. B. I.

Con tal de descubrir las cosas sin ayuda ajena, para darse postín después, son capaces de las mayores bestialidades.

—Queda una persona que sospechará la verdad en cuanto note mi desaparición.

—Si se refiere a ese maldito escocés, siento decirle que se equivoca. Yo mismo me encargaré de quitarle de en medio.

—Será otro crimen inútil. La Ley no descansa. Más pronto o más

tarde usted caerá, como cae todo aquel que sigue los senderos del crimen. Podrá matarme a mí, suprimir a McGuffy, a todos los posibles testigos; pero quedan otros agentes que seguirán investigando pacientemente y si éstos mueren, otros más. El

F. B. I.

no fracasa jamás.

—Paparruchas, Stevens. Todo es cuestión de inteligencia. Conmigo no podrán.

—Lo que no me explico —prosiguió el agente tratando de ganar tiempo— es que una persona de su posición social...

—Es una historia larga. Ya no tengo tiempo de contársela. Se irá al otro barrio sin poder satisfacer su curiosidad.

El agente del

F. B. I.

comenzó a pensar que se aproximaba su última hora. ¿Quién podría acudir en su auxilio? Nadie. Él sólo se había metido en la boca del lobo.

El amable recuerdo de Magda Robertson, la muchacha a quien amaba desde toda su vida, vino a su mente. «Y tú, Fred, procura no ponerte en el camino de una bala. Te echaría de menos». Eran las últimas palabras que oyera en labios de la joven. Y precisamente ahora, cuando podía albergar esperanzas de obtener algún día su amor... iba a morir.

Sus piernas estaban libres. ¡Si pudiera noquear de una patada a Stellman! No; no era fácil. El criminal, sentado frente a él, no descuidaba un momento la vigilancia, con el negro cañón de la pistola apuntando a la frente de Stevens.

—¿Podría darme un cigarrillo?

—¡No! Aun estando atado no me fío de usted. Conozco sus hazañas mejor de lo que imagina.

Decididamente no había salida. Recordó a McGuffy. En pocas horas le había cobrado más afecto que a otros en muchos años. ¡Gran tipo, el escocés! ¿Por qué le abandonó tan de repente? No encontraba explicación a este punto.

Aquello era el fin. Stellman no debía estar muy bien de la cabeza. Ahora esperaba a aquel Maloney con la intención de deshacerse de él. ¿De qué medio se valdría? El tal Maloney era, sin duda, un sujeto peligroso.

Tras consultar por tercera vez el reloj, el segundo teniente de alcalde se puso en pie.

—Llegamos al último acto, amigo. Tengo que amordazarle. El que va a venir no me ha visto nunca la cara y podría recelar. Por eso, como ya le dije, tengo que preparar el escenario. No quiero que usted me delate.

Puso unas tiras de esparadrapo tapando la boca de Fred y acto seguido se dirigió a la mesa, tomando asiento ante ella, de frente a la puerta, en un sillón giratorio. Al pulsar el botón se hizo en la estancia una oscuridad total. Inmediatamente encendió un potente foco cuya luz taladraban las tinieblas, recta a la puerta de entrada. El criminal quedaba invisible.

Sobrevino un dramático silencio. Solamente se oía el rumor de la respiración de los dos hombres que aguardaban. Transcurrieron diez minutos angustiosos, al cabo de los cuales el sonido de un timbre vibró tres veces consecutivas.

Stellman abandonó un momento su asiento para ir a accionar una palanca, situada en un rincón del despacho, volviendo rápidamente a ocupar su sitio tras el foco.

Unos pasos suaves rasgaron el silencio y la figura elegante y frágil de Sidney Maloney quedó enmarcada en el círculo luminoso.

—Buenas noches, jefe.

—Hola, Maloney. ¿Qué hay?

—Encontré aquello. Ya se lo dije.

—¡Magnífico! Y... ¿no lo ha leído?

—No, señor. Estaba en un sobre cerrado.

—Sáquelo y déjelo en el suelo, sin acercarse. Le estoy apuntando.

La manera de actuar de Sidney Maloney fue vertiginosa. Arrojóse al suelo en una fracción de segundo al mismo tiempo que el «Derringer» que llevaba en la manga escupía fuego, destrozando de un balazo el potente foco.

Un silencio tenso se hizo en el despacho. Stellman no se atrevía a encender la luz del techo y trataba de cambiar de posición sin hacer ruido. Los muelles de su sillón giratorio produjeron un pequeño chirrido.

Fred Stevens recordaría toda su vida aquella lucha desarrollada en las sombras. El federal, experimentado en lides como aquéllas,

sabía que la victoria iba a inclinarse indefectiblemente de parte del que tuviera mejor dominio de sus nervios. Mentalmente adjudicó el triunfo a Maloney.

Y así fue. Stellman no estaba acostumbrado a peleas de aquella clase ni poseía la serenidad extraordinaria del pistolero. Creyendo haber oído el ruido del cuerpo de éste, al arrastrarse, hizo fuego precipitadamente.

En el acto, guiándose por la luz del fognazo, el «Derringer» de Maloney vomitó plomo por segunda vez y el ruido de un cuerpo al caer y un lastimero quejido siguieron al disparo.

Brilló una linterna eléctrica en la mano izquierda del asesino, alumbrando la figura de Frank Stellman, caída de bruces sobre la alfombra, junto a una esquina de la mesa. Estaba muerto.

Maloney acercóse con su paso felino al cadáver levantándole la cabeza por los cabellos para verle la cara.

—¡Traidor! —Escupió—. ¡Al fin te ha llegado la hora!

Fred Stevens no comprendía aquello. Al parecer, Maloney había acudido a la cita con el deliberado propósito de asesinar al «boss», quien, a su vez, pensaba liquidar al pistolero. ¿Por qué?

Alumbrándose con la linterna Maloney descubrió el conmutador de la luz, situado sobre la mesa, y la habitación fue iluminada de nuevo.

Y en aquel instante, Sidney Maloney reparó en la amordazada figura del federal, tendido en un sillón, en una esquina.

Hubo un gesto de sorpresa en la cara del asesino que, inmediatamente, «sacó» en menos de un segundo, acercándose despacio, muy despacio, mientras apuntaba fríamente a la cabeza del agente federal y murmuraba, con su cínica sonrisa en los labios:

—Lo siento, amigo. Ha visto demasiado.

El seco estampido de un disparo retumbó en el silencio y... Sidney Maloney, alcanzado en un hombro, se revolvió como una fiera.

En el umbral de la puerta estaba William McGuffy. Llevaba un destrozado «*smoking*» por cuya manga izquierda escurría lentamente la sangre. Su rostro estaba pálido como la cera y tenía los cabellos y la frente empapados en un frío sudor. Pero la mano que empuñaba la pistola era firme.

—¡Entréguese! —ordenó secamente.

Por toda respuesta, Maloney hizo fuego al tiempo que McGuffy, adelantándose a la acción del pistolero, saltaba de costado. El balazo no le alcanzó de lleno. Sin embargo, sintió su punzante mordisco en el costado derecho.

El escocés no quería matar. Ante él se encontraba, una vez más, el odioso «gangster»; el asesino de McCrohom y de la señora Colbert, y deseaba capturarle vivo a fin de que terminase sus días en la silla eléctrica.

Despreciando el peligro y el dolor de las heridas, cayó sobre Maloney en un salto inverosímil, sujetándole con la mano izquierda el brazo armado. Ambos rodaron por el suelo. Maloney debajo, sin soltar la pistola, que trataba por todos los medios de dirigir contra su enemigo. McGuffy encima, golpeando furiosamente el rostro del asesino sin compasión ninguna.

A pesar de su frágil aspecto, Maloney era fuerte y no parecía ceder. El escocés notaba que las fuerzas empezaban a abandonarle y quiso hacer un sobrehumano esfuerzo para conseguir el K. O. de su contrario, mas no pudo lograrlo.

Fred Stevens se levantó, aproximándose a los que luchaban. Sus manos atadas de nada le servían, pero los conocimientos de lucha que se adquieren en la Academia de Quantico son muchos y diversos. Allí se estudian todas las posibilidades.

El golpe que el agente del

F. B. I.

asestó con el tacón del zapato a la cabeza de Maloney fue un golpe científico. Lo justo para dejarle sin sentido.

Jadeando por el esfuerzo, con el rostro lívido, McGuffy se puso en pie, mirando con sus serenos ojos al agente del

F. B. I.

—Vaya, Fred. Celebro haber llegado tan a tiempo —dijo con voz débil—. Voy a desatarle.

Las ligaduras de Stevens cayeron al suelo con el tiempo justo para que éste pudiera recoger en sus brazos el cuerpo del escocés que se derrumbaba sin sentido.

¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

X



WILLIAM McGuffey abrió los ojos despacio, muy despacio. Le pesaban los párpados de tal manera, que tuvo la impresión de que nunca podría terminar de abrirlos. Unas figuras borrosas se movían a su alrededor. Poco a poco, las figuras se fueron aquietando y pudo distinguir el rostro de un hombre desconocido, vestido con una bata blanca, que se inclinaba sobre él, cogiéndole una mano para tomarle el pulso.

—¿Se encuentra mejor? —oyó susurrar al médico.

—¿Qué me ha pasado?

—Casi nada: un balazo en el hombro derecho, otro en el brazo izquierdo y un tercero en el costado que, afortunadamente, no fue un poco más alto. Rozaduras, erosiones... A poco más no lo cuenta, amigo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cerca de quince días —repuso sonriendo el galeno—. Ahora debe descansar. Todavía está muy débil.

McGuffy fue recordando poco a poco...

Tres días más tarde estuvo en condiciones de sostener una larga entrevista con Fred Stevens. El inspector Jefe del

F. B. I.

en Nueva York y Magda Robertson asintieron también.

—¿Ha terminado el caso totalmente?

—Gracias a usted, William. Las declaraciones de Sidney Maloney, la famosa confesión de Bob Smith, hallada en poder de aquél, y la carta que McCrohom entregara a Magda para usted, y que también tenía Maloney, nos han permitido reconstruir perfectamente todos los detalles.

—Lo celebro, Fred. Cuéntemelo todo.

—Hace algún tiempo —comenzó Stevens—, Frank Stellman se encontraba en una situación desesperada; a causa de haber perdido mucho dinero en el juego y contraído deudas que no podía pagar, estaba al borde de la ruina, esperando ser descubierto de un momento a otro, con lo que su brillante carrera política quedaría trunca. Como no era hombre de muchos escrúpulos de conciencia...

—Lo supongo —intervino McGuffy, sonriendo.

—Un día —prosiguió el agente del

F. B. I.

—, Stellman tuvo un encuentro casual con Bob Smith, un tipo del hampa a quien, años atrás, hiciera un señalado favor. Smith había cambiado mucho. Iba bien vestido, destilando prosperidad su aspecto. Entablaron una conversación trivial, a través de la cual, Stellman llegó a la conclusión de que Smith se dedicaba al tráfico de drogas, aunque en pequeña escala.

Fred Stevens hizo una pausa para encender un cigarrillo ofreciendo otro a McGuffy.

—No sé cómo surgiría la idea en la mente de Stellman, pero el hecho fue que propuso a Smith asociarse con él para explotar el negocio en gran escala, logrando convencer al «gangster». La posición política de Stellman, sus influencias, sus numerosas relaciones en todas las esferas sociales, facilitaron grandemente la

labor. Tuvo confidentes en la Policía, se enteró en ocasiones de los planes del propio

F. B. I.

y, en una palabra, logró formar una organización poderosa. ¿Va comprendiendo?

—Perfectamente. Continúe.

—Desde el primer momento, Stellman advirtió a Smith que éste sería el único que conocería su verdadera personalidad. Cuando se presentaba ante algún jefe de «gang» lo hacía siempre en uno de sus varios refugios, envuelto en las tinieblas y disimulando la voz. Smith era hombre de poca inteligencia y no receló que el conocimiento de la verdadera personalidad del «boss» acabaría por traerle fatales consecuencias. Stellman se había lanzado por el camino del delito y no retrocedería ante nada.

—¿Dónde encaja McCrohom? —interrumpió McGuffy.

—A eso iba. McCrohom era uno de los que trabajaba con Smith. Era ambicioso y listo, y Stellman, comprendiéndolo así, entró en tratos directamente con él, que tenía montada en su «cabaret» una maravillosa organización para la distribución de las drogas, de la que nunca pudimos encontrar pruebas.

—¿Qué papel desempeñaba Maloney en la cuadrilla?

—Se lo diré después. La cosa es que Smith empezaba a sentirse desairado de su papel en la banda, que había quedado reducido a una especie de intermediario entre el «boss» y los restantes miembros de la cuadrilla. Un día cometió la estupidez de amenazar a Stellman y tengo la seguridad de que, a partir de aquel momento, Stellman había decidido desembarazarse de su cómplice. Pero empezaron a ponérsele mal las cosas.

—¿Qué ocurrió?

—Pues que uno de nuestros agentes, que seguía de cerca los pasos de Bob y que debía haber adelantado bastante en sus investigaciones, trató de detenerle una noche en el muelle, en ocasión en que Smith esperaba la llegada de un extranjero que traía noticias sobre la posibilidad de colocar las drogas en Otros países. Por desgracia, el «gangster» era muy rápido en el manejo del revólver y mató de un tiro a nuestro compañero, mas no pudo lograr huir. Una patrulla que hacía su ronda por aquellos lugares le detuvo casi «in fraganti».

—Ya comprendo. Delató a Stellman en su declaración póstuma, ¿no es así?

—Exactamente. El «boss», al tener noticias de la detención de Smith, se vio entre la espada y la pared. Si el detenido cantaba, todo estaría perdido. Durante el juicio, Smith no dijo nada. Confiaba en que Stellman, con sus influencias, pudiera conseguir el indulto y arreglarle más tarde la fuga, y así se lo hizo saber al jefe en una entrevista privada que sostuvo con él, en la cárcel, sin pensar que el asesinato de un agente de la Ley se castiga inexorablemente con la muerte.

—¿No pudo conseguir el indulto?

—Desde luego. Le fue imposible, a pesar de que, más o menos solapadamente, recurrió a toda su influencia. Hasta el último minuto trató de mantener la confianza de Smith, ya que su única salida estaba en que el pistolero fuera ejecutado y no hablase. Bob, en un principio, creía en Stellman, pero a medida que fue transcurriendo el tiempo y se aproximaba la fecha de su ejecución, no solamente empezó a desconfiar, sino que en su obtuso cerebro tomó cuerpo la idea de que Stellman le había traicionado, dando el soplo al

F. B. I.,

la noche que él, Smith, fue detenido. Esto mismo le demuestra la escasa mentalidad de Bob. Era absurdo suponer que un hombre de la inteligencia del teniente de alcalde fuera a elegir un procedimiento tan tortuoso para desembarazarse de su aliado, procedimiento que entrañaba el riesgo de que, al ser detenido, Smith le delatara. ¿Se cansa, McGuffy?

—No, no; prosiga usted. Supongo que estamos llegando al fin.

—Sí. A última hora, el sentenciado, convencido de que Stellman le había traicionado, viendo llegar su muerte sin que, a su juicio, el «boss» hubiera hecho nada por salvarle, redactó la confesión, que fue entregada al alcaide de la prisión. Stellman se enteró de este detalle por un confidente, preparándose a actuar. Se puso en contacto con McCrohom y...

—No irá usted a decirme —manifestó con voz triste McGuffy— que Gordon mató al alcaide.

—No. McCrohom no era partidario de matar. Que sepamos, nunca tomó parte directa en delitos de sangre. Así se lo dijo a

Stellman cuando éste le comunicó que había que apoderarse a toda costa del escrito de Smith. Alegaba Gordon que la sola palabra del alcaide, sin la declaración escrita de Bob, no serviría como prueba legal ante ningún tribunal. Esto era cierto, pero no lo era menos que si el alcaide hablaba, nadie evitaría el escándalo, el nombre de Stellman saldría a relucir y el resultado para éste sería de todos modos catastrófico.

—¿Cómo se las arregló, entonces?

—Muy sencillo. Fingiendo acceder a la propuesta de McCrohom. Planearon el golpe. Sólo que, previamente, Stellman habló con Luigi, que era un asesino nato, pagándole una fuerte suma para que obedeciera en todo las órdenes de Gordon, menos en lo concerniente a respetar la vida del alcaide. Todo salió bien. El italiano y Joe realizaron la faena, mientras McCrohom cubría la retirada. Se apoderaron del sobre y Luigi apuñaló al desgraciado alcaide. Aquí estuvo, en mi opinión, el segundo error grave de los cometidos por Stellman.

—¿Cuál fue el primero?

—Luego lo sabrá. El segundo consistió en no arriesgarse a tomar parte, disfrazado o como hubiera sido, en la operación, para hacerse personalmente con el sobre. A McCrohom no le hizo ninguna gracia la muerte del alcaide, y, leyendo el escrito de Smith, se enteró de la personalidad de su misterioso jefe. Desde ese momento no se le ocultó que su vida corría grave peligro.

—Ya. Ahora comprendo por qué guardó el documento en casa de la señora Colbert.

—Está claro. De ese modo conservaba en su poder un arma poderosa que esgrimir contra Stellman. Posteriormente, escribió aquella carta para usted, en la que le confesaba todo y le rogaba que, si él moría, diese usted cuenta a la Policía.

—Y yo fui tan imbécil —intervino Magda, que hasta aquel momento había escuchado el diálogo en silencio—, que me dejé arrebatar esa carta.

—Tú no tuviste la culpa de nada —repuso, cariñosamente, Stevens—. McCrohom cometió el error de confiar en Maloney. Y también Stellman. Ambos se equivocaron con ese sujeto. Ignoraban que era hermano de Bob Smith. A eso me refería antes, al hablar del primer error del «boss». Nunca supo este detalle. Eran dos

hermanos, que no se llevaban bien, porque existía entre ellos una gran diferencia cerebral. Bob era torpe, de mentalidad bruta. Él, que se hacía llamar Maloney —que no es su verdadero apellido—, es un tipo inteligente. Con una inteligencia enfocada hacia el mal, pero la tiene.

—Él mató a McCrohom, ¿verdad?

—Sí. Actuaba en la banda como jefe de las que pudiéramos llamar fuerzas de choque. Es un sádico, que disfruta matando. Stellman pensó en él para quitar de en medio a McCrohom y hacerse con el escrito de Bob, que era su obsesión. A Maloney, que sospechaba de McCrohom, le vino muy bien el encargo, y aceptó encantado. Por un individuo llamado Crowley, recién salido de Sing-Sing,

que había convivido mucho con Bob en los días que precedieron a la ejecución de éste, supo que su hermano no hacía más que repetir en la celda que alguien le había traicionado.

—Y creyó que había sido Gordon, ¿no es eso?

—Justamente. Asesinó a su amigo de usted, sin lograr encontrar lo que iba buscando. El resto lo sabe usted tan bien como yo.

—Efectivamente. Sospecharon que yo podía tener el documento y por eso me secuestraron.

—Pero se convencieron de que usted no sabía nada y, después de su fuga, las sospechas de Stellman recayeron en Magda. El «boss» estaba perfectamente enterado de la vida privada de McCrohom. El rapto de Magda fracasó, mas, por una coincidencia, se quedan con el bolso, y la carta de McCrohom cae en poder de Maloney, el cual, sin contar para nada con el jefe, fue a casa de la señora Colbert, largándose con el escrito de su hermano, después de asesinar a la infeliz mujer. En su confesión, Bob, estúpidamente si usted quiere, acusaba a Stellman de haberle traicionado. Sidney no quiso saber más. Acabó con el «boss», y yo salvé la vida por la oportuna aparición de usted. Por cierto que aún no le he dado las gracias.

—No tiene importancia —afirmó, sonriente, McGuffy—. Hay una cosa que no comprendo: sus sospechas sobre Stellman.

El agente del

F. B. I.

explicó lo concerniente al discurso.

—¡Caramba! —dijo McGuffy—. Lo leí dos veces y no caí en ese

detalle.

El inspector jefe del
F. B. I.

acercóse al herido:

—Permítame que le felicite en nombre de la organización y en el mío propio por su valiosa ayuda. Gracias a usted, la banda ha sido totalmente desarticulada y detenidos la mayor parte de sus componentes.

—No merece la pena, señor. Tuve suerte. Eso es todo.

Magda Robertson y Fred Stevens se despidieron de McGuffy, que los vio salir muy juntos, cogidos del brazo, sin poder remediar cierto sentimiento de envidia. No sentía amor por la que había sido novia de su mejor amigo. No hubiera podido sentirlo, aunque se lo propusiera. Pero notaba a su alrededor un vacío terrible, una sensación de soledad infinita, al enfrentarse con la vida completamente solo.

«Tú no tienes capacidad de reacción ante la vida. Tú no sabes luchar...»

Una triste sonrisa se dibujó en el rostro de William al recordar la frase favorita de McCrohom.

A la puerta del sanatorio, Fred y Magda quedaron un momento callados, mirándose.

—¿Dónde vas, pequeña?

—A casa. Me parece que, por ahora, no llevamos la misma dirección.

—Es cierto. Sin embargo, Magda, el tiempo todo lo borra. Puede que algún día caminemos juntos.

—Puede...

En la celda de los condenados a muerte, Sidney Maloney se frotaba las uñas de la mano izquierda —menos limpias y pulidas ahora— contra su uniforme de presidiario. El rostro del asesino estaba más pálido que nunca y la sonrisa ya no asomaba jamás a sus labios. Sus ojos se mostraban hundidos, apagados, sin vida...

Las horas de la prisión se le hacían eternas y, durante las largas noches en la celda, numerosos fantasmas poblaban su mente de trágicas visiones, que le turbaban el sueño.

En ocasiones despertaba sobresaltado, invadido de un frío sudor,

que luego, lentamente, se le iba secando sobre el cuerpo, hasta que —mitad por el frío, mitad por los nervios— tiritaba en la dura yacija.

Los espectros le acosaban, danzando en torno suyo y dirigiéndole acusadoras miradas. Maloney escondía el rostro entre las manos, tratando de ahuyentar los recuerdos, pero era inútil. Los ojos de sus víctimas le perseguían sin descanso en la noche sombría de su alma.

Cuando el terrible momento se aproximaba, las horas dejaron de ser lentas y le pareció, de pronto, que el tiempo galopaba sin freno.

Sidney Maloney, convertido en una verdadera piltrafa humana, tuvo que ser llevado casi a rastras, a la trágica estancia donde se cumple la última justicia de los hombres, para comparecer ante la Justicia de Dios.

Un año más tarde, el agente del
F. B. I.

William McGuffy salía de la Academia de Quantico.

Era una luminosa mañana, en la que el sol navegaba lentamente por un cielo despejado, sin una sola nube en el horizonte.

El agente McGuffy —número uno de su promoción y uno más entre los que consagran su vida a la sagrada tarea de velar por la ley— se sentía seguro de sí mismo y contento del camino emprendido. Un camino áspero, duro, a veces mortal, pero que presta a la conciencia la satisfacción de cumplir un honrado deber.

Desde un pequeño «Chevrolet» descapotable, Magda Robertson y Fred Stevens agitaron sus manos en amistoso saludo.

Junto a ellos se sentaba la pequeña Molly. Una Molly más alta, más gruesa, con unos sanos colores en la cara, que en nada recordaba a la melancólica enfermita de otros tiempos.

Magda y Fred se habían casado seis meses antes. Cuando William McGuffy se acercó al automóvil, contempló con mirada ligeramente triste la sonrisa de la muchacha, más luminosa aún que la clara mañana.



**¿Ha adquirido ya el
número extraordinario del F. B. I.?**

Yo, Director del F. B. I.

es el título de este gran extraordinario
acabado de publicarse, que ha constituido
un éxito sin precedentes por

Su exquisita presentación

Mayor extensión

Tema dramático e intrigante

Su autor: ALF MANZ

Yo, Director del F. B. I.

LA MEJOR OBRA DE ALF MANZ, el genial
creador de ¡CULPABLE!, LA HORA GRI y
SHANGHAI.

**Compre también el próximo número de
esta gran Colección F. B. I.**

EL ASFALTO ES ROJO

Una novela sin igual con un relato denso,
escalofriante, debido a la admirable pluma
del famoso

O. C. Tavin

